

EL TRAJE GRIS
ANDREA
CAMILLERI



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

A lo largo de su brillante carrera profesional al frente de una entidad bancaria siciliana, donde ha demostrado su habilidad para resolver las complejidades financieras en un entorno minado por la mafia, el protagonista de esta novela ha recibido tres cartas anónimas. Ahora, en la primera mañana de su vida de jubilado, despliega cuidadosamente los tres sobres junto a una caja de cerillas. Una de las cartas, recibida unos pocos años atrás, contiene insinuaciones sobre la supuesta infidelidad de su esposa, la joven viuda con la que se casó hace una década, una mujer elegantísima y enigmática, réplica exacta de una de las divas americanas del cine en blanco y negro. Adele, espléndida e irresistible femme fatale, ocupa el lugar central de este nuevo y sugestivo relato de Andrea Camilleri. Dotada de una sensualidad desinhibida que contrasta con el esmero con el que guarda las apariencias burguesas, Adele es una esposa tan entregada como escurridiza. Sólo en muy determinadas ocasiones viste un viejo traje de chaqueta gris, de una impecable sobriedad, un traje que adquirirá un inquietante simbolismo, cuyo significado sería mejor no tener que desentrañar jamás.

En esta breve e intensa novela de misterio psicológico, el matrimonio es el escenario de la dimensión cotidiana de la tragedia, a un tiempo último reducto del deseo y de la fantasía, y espejo de una sociedad esencialmente corrupta. El traje gris, que Camilleri ha descrito como «una historia conyugal», demuestra la fecundidad y la maestría literaria del gran autor siciliano que, una vez más, consigue sorprendernos sin dejar de ser fiel a sí mismo.

L≡**LIBROS**

Andrea Camilleri

El traje gris

Para Cario y Silvana,
amigos verdaderos de toda una vida

Abrió los ojos a las seis en punto como todas las mañanas.

Tras incorporarse unos centímetros y volverse aun a riesgo de caerse de la cama, buscó a tientas con la mano izquierda en la mesita de noche, encontró el reloj de pulsera, lo cogió, volvió a tumbarse, encendió la luz con la otra mano, miró el reloj y tuvo la confirmación de que eran las seis.

No podría haber sido de otro modo: después de más de cuarenta años, su cuerpo se había habituado a un despertador interior que nunca fallaba. Por ese motivo, y aunque la víspera se hubiera acostado con la intención de dormir una hora más que de costumbre, no había manera de cambiar ese despertador corporal que siempre sonaba a las seis en punto.

Eran muchas las cosas matinales que su cuerpo hacía... ¿cómo decirlo?, de una forma automática. Pero ¿por qué, sólo a modo de ejemplo, tenía que buscar a tientas en la oscuridad hasta que las puntas de los dedos percibían la esfera del reloj, cogerlo con la misma mano, encender la luz con la otra, volver a tumbarse y mirar finalmente qué hora era? ¿No podía hacerlo sin necesidad de todo aquel jaleo? Entre otras cosas, habría sido un ahorro de energía. Y de relojes, bien mirado. Porque en el transcurso de cuarenta años, a fuerza de tantear en la oscuridad, había roto tres relojes, caídos al suelo.

Sin embargo, ¿cómo se pone un despertador interior a una hora distinta? Lo mismo le ocurriría a un despertador tradicional de esos que se tienen en la mesita de noche: después de cuarenta años con la manecilla puesta en las seis, difícilmente podría desbloquearse de aquella posición.

Porque a partir de esa mañana él ya no necesitaba despertarse a esa hora.

La víspera se había jubilado.

No obstante, era evidente que su cuerpo no había recibido la notificación oficial del acontecimiento; tanto era así que, cinco minutos después de haberse despertado y a pesar de un tímido intento de quedarse un ratito más en la cama, se encontró, como de costumbre, levantado. Tras visitar el cuarto de baño, donde sufrió un ardor tan intenso que casi se le saltan las lágrimas, se dirigió al vestidor, una pequeña estancia estrecha y larga con un armario blanco empotrado que ocupaba toda una pared. Sobre los dos gabanes de noche, Giovanni —el criado— ya le había preparado la ropa interior y el traje. La víspera no le había dado

instrucciones concretas sobre las prendas que necesitaría, por lo que el criado se había atenido a la pauta habitual, es decir, traje gris oscuro, camisa blanca y corbata seria.

Cuando terminó de arreglarse y se miró en el espejo, se sintió un poco incómodo. Se preguntó la razón. Y enseguida obtuvo la respuesta: iba vestido como todos los días, exactamente como si tuviera que ir al banco.

Sólo que al banco y a no tenía que ir.

Sin embargo, no le apetecía abrir el armario y elegir otro atuendo. Habría sido una tarea muy difícil. Hacía años que no lo abría, precisamente desde que Adele y él habían decidido dividir el piso en dos, y por tanto no sabía cómo habría distribuido sus trajes el criado en su interior. Volvió a mirarse en el espejo y esta vez se encontró francamente ridículo. Iba vestido como para asistir a un consejo de administración, cuando lo único que habría de administrar a partir de aquel momento era la enorme cantidad de tiempo que tenía a su disposición para no hacer nada.

No; decididamente debía cambiarse.

El armario empotrado estaba subdividido en dos secciones, cada una formada por seis compartimentos. Abrió el primero de la derecha y al punto lo cerró: eran todos trajes de verano. El segundo también. En cambio, el tercero contenía prendas de entretiempos. Ya casi nadie las llevaba porque desde hacía años los entretiempos habían desaparecido: se pasaba del calor al frío y viceversa sin solución de continuidad.

Ahora ya tenía claro el orden: los trajes de invierno se encontraban en los tres compartimentos de la izquierda. Pero justo en ese momento se le pasaron las ganas de seguir buscando.

Ridículo, de acuerdo. Sin embargo, ¿acaso debía rendir cuentas a alguien? Total, no pensaba salir de casa y no esperaba a nadie. Aunque por lo menos podía hacer una cosa, algo completamente distinto que rompía la cuadragésima costumbre: quitarse la corbata. Se llevó la mano al cuello y empezó a manipularla con los dedos, y el resultado fue que apretó tanto el nudo que poco faltó para que se estrangulara. Intentó aflojarlo y no lo consiguió. Era como si los dedos estuviesen llamados a efectuar un gesto antinatural y se negaran. Pero ¿cómo era posible? Por la noche, cuando se desvestía, jamás le había ocurrido.

Ya, por la noche. Pero no a las siete de la mañana. A esa hora, sus dedos estaban acostumbrados a hacer el nudo, no a deshacerlo. Podía ser una explicación. Y era también la señal de que sería largo y complicado habituar a su cuerpo a ritmos difíciles e insólitos. El nudo resistió un último intento. Le costaba respirar. Entonces corrió al cuarto de baño, cogió las tijeritas de las uñas y cortó el nudo; luego, tiró los dos trozos de corbata a la papelera.

Oyó llamar a la puerta con tanta discreción que, por un instante, le pareció que había oído mal.

—¿Sí?

—¿Todo bien, señor? —preguntó temeroso Giovanni.

—Sí.

—He vuelto a prepararle el café, señor.

¿Vuelto a preparar? Se había entretenido demasiado en el vestidor y había trastocado los tiempos rigurosos de las costumbres matinales.

Giovanni, que había ido al estudio para retirar la bandeja, al ver que la taza seguía llena, se había tomado la molestia de hacerle café de nuevo, porque a él el café recalentado le provocaba ardor estomacal. E incluso se había atrevido a dirigirle la palabra, temiendo una repentina indisposición.

* * *

El día que empezó a prestar servicio en la casa, el asistente había recibido instrucciones precisas: jamás tenía que dejarse ver ni dirigirle la palabra al señor antes de que éste hubiera tomado su café.

Él tenía aquella manía desde que trabajaba en el banco.

Al despertar, todo su ser se convertía en una especie de mónada; así había definido él mismo aquel estado concreto, echando mano de sus recuerdos escolares: esféricamente encerrado en sí mismo, incapaz de abrir siquiera un minúsculo respiradero al exterior sin tener una dolorosa sensación. Una voz, un gesto, un rostro lo herían. Su cerebro, protegido, envuelto en un capullo, podía entregarse por entero a los problemas a que debería enfrentarse a lo largo de la jornada, de tal manera que cuando llegaba al despacho en su mente veía claros y definitivos todos los movimientos que habría de hacer, todas las decisiones que debería tomar. En cambio, nada más beberse el café, se sentía dispuesto a acoger al mundo entero.

Cuando aún dormía con Adele, al abrir los ojos ni siquiera se volvía a mirarla, convencido de que, al ver su cuerpo perfilado por la sábana, su cerebro sería incapaz de bajar la persiana metálica que lo separaba del exterior. Se levantaba cautelosamente para no despertarla y, con el paso rápido y ligero de un ladrón, recorría los pasillos y habitaciones de la espaciosa casa que parecía desierta, puesto que el criado y la sirvienta de entonces, que habían aprendido a sincronizarse perfectamente con sus movimientos, entraban en una habitación en cuanto él salía de ella.

El tiempo interrumpido de la casa se ponía en marcha diez minutos después de que él se hubiera encerrado en el estudio para beber una taza y media de café —la primera azucarada con una cucharadita rasa y la segunda sola pero aprovechando el azúcar residual del fondo—, en cuanto la persona de servicio llamaba ligeramente a la puerta y preguntaba:

—¿Puedo retirar la bandeja, señor?

—Sí.

Y parecía que la casa respiraba de nuevo tras haber contenido un buen rato el aliento, los muebles volvían a chirriar, se oía un paso leve sobre el *parquet* encerado, el timbre de la puerta de servicio daba señales de vida.

Él empezaba a revisar los documentos de la cartera que había preparado la víspera, y cuando ya estaba más que seguro de que los había colocado todos en el debido orden, se levantaba echando un último vistazo al enorme escritorio negro de caoba (el catafalco, lo llamaba Adele) heredado de su padre y se dirigía a la antesala, donde el asistente ya lo esperaba con el sobretodo de temporada, el abrigo, el loden o el impermeable, y el sombrero en la mano. Junto a la acera, lo aguardaba el automóvil del banco, con la puerta posterior abierta y el chófer rígidamente de pie a su lado.

Aquella mañana, en cuanto Giovanni retiró la bandeja del escritorio, abrió como de costumbre la cartera que se había llevado del banco, pero que no había tocado la víspera porque no contenía documentos en que trabajar, sino sólo tres cartas cuyo contenido conocía de memoria y que había tenido guardadas en la pequeña caja de seguridad de su despacho. En casa también tenía una casi idéntica. Se levantó, la abrió, tomó las tres cartas y las metió en la caja fuerte; pero, arrepentido de inmediato, las sacó, volvió a sentarse al escritorio, las dispuso una al lado de otra y se quedó mirándolas. Tres cartas anónimas. Y las tres se las habían dirigido al banco.

La primera se remontaba a casi treinta años atrás.

Haz lo que tienes que hacer y que tú sabes.

¿Quién te obliga a morir joven?

En cuanto la recibió, se la dio a leer a Germosino, su director de entonces.

—¿Y eso qué significa?

—Está firmada por Filippo Palmisano, *dottore*.

—Pero ¡qué dice! ¡Si es anónima!

—Es como si estuviera firmada, créame.

—¿Y quién es ese Palmisano? —Una pregunta que sólo podía formular alguien como Febo Germosino, ascendido hacía apenas dos meses al cargo de director de sucursal y enviado desde Florencia a Montelusa.

—Es el capo de la mafia local, *dottore*. Dicen que tiene tres muertos en la conciencia.

Germosino palideció de golpe y empujó la carta con la punta del abrecartas.

—¡Llévela enseguida a los carabinieri!

—¿Está de broma? Palmisano me mandaría pegar un tiro hoy mismo.

—Pero ¿qué quiere ese Palmisano?

—Una concesión de crédito prácticamente ilimitada. Hace quince días ganó el concurso de adjudicación para la construcción de un viaducto y anteayer ganó otro para...

—Bueno, si ésta es la situación...

—Son obras públicas. Ha ganado los concursos obligando a los demás competidores a retirarse.

—Pero si los ha ganado legalmente...

—Pienso que correríamos un riesgo enorme, dado el personaje...

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—¿Puedo actuar a mi manera?

Así había empezado su brillante carrera. Germosino les habló a sus jefes de su valor y su entrega al banco, y él se ganó fama de saber hacer las cosas, de conocer el arte de la mediación, de resolver las situaciones más delicadas.

La segunda carta se remontaba a dos años después de su nombramiento como inspector.

La sangre de Stefano Barreca
caerá sobre ti y sobre tu hijo.

Sin duda la enviaba el hermano del cajero de la sucursal de Albanova, que había cometido un desfalco de unos treinta millones, todos perdidos en juegos de azar en las timbas de su pueblo y de los pueblos vecinos. Para no acabar en la cárcel, se había pegado un tiro. Y adiósmuy buenas. ¿Qué pretendía el hermano, subsecretario de Hacienda? ¿Que él, por compasión o generosidad, no cumpliera con su deber? Pero aquel acontecimiento también le sirvió: no sólo era un hombre que sabía resolver las situaciones difíciles sino que, además, era capaz de mirar a cualquiera a la cara.

La tercera carta, recibida a los tres años de su boda con Adele, rezaba:

¿Sabes que tienes más cuernos que un cordero castrado? Pregunta a tu señora qué hacía ayer por la tarde a las cinco en el motel Regina.

Y aquella misma noche él le había preguntado mientras cenaban:

—¿Qué has hecho hoy?

—Esta mañana me he quedado en casa. Después he salido y he estado toda la tarde con Gianna.

Gianna, su amiga del alma, la que conocía todos sus secretos, la cómplice perfecta. Ya no tuvo ganas de seguir preguntando; es más, se arrepintió de haber hecho una sola pregunta. Aparte, ¿de qué le serviría saber más?

Se levantó y fue a cerrar la caja de seguridad, dejando las cartas encima del

escritorio. Antes de volver a sentarse, echó una mirada distraída por la ventana. Se sobresaltó.

El vehículo del banco estaba aparcado junto a la acera, con la puerta entornada y el chófer de pie a su lado, listo para abrirla del todo en cuanto lo viera aparecer.

¿Qué estaba haciendo? Se acercó cauteloso a la ventana, colocándose de tal manera que si el chófer levantara los ojos no pudiera verlo detrás de los cristales.

¿Quizá, en el transcurso de la ceremonia de la despedida, había concertado una cita con algún compañero suyo y ahora lo había olvidado? ¿Con Verdini, tal vez? Sí. Verdini, que ocuparía su lugar, le había murmurado que tenían que verse... Pero estaba seguro de que no habían dicho cuándo.

Sin embargo, había poco que pensar. Si le habían enviado el coche, estaba claro que...

¡Tenía que ponerse una corbata!

Y justo en ese momento vio que el chófer sacaba un móvil del bolsillo y se lo llevaba al oído. Luego cerró la puerta trasera, se sentó al volante, arrancó y se fue. Evidentemente habían olvidado decirle que ya no tendría que ir a buscarlo. Se sentó y contempló de nuevo las cartas. Pero ahora ya había tomado la decisión. Acercó el enorme cenicero de cristal que estaba allí como adorno — hacía diez años que había dejado de fumar—, abrió el último cajón del escritorio, encontró una caja de cerillas al lado de un paquete de cigarrillos sin abrir, encendió un fósforo y prendió fuego a la primera carta.

Cinco minutos después, en la estancia se aspiraba un desagradable olor a humo y en el cenicero había un montoncito de ceniza negra.

Fue a abrir la ventana para renovar el aire y vació el cenicero. Poco después cerró la ventana y volvió a sentarse.

De manera autónoma, sin que el cerebro le hubiera dado ninguna orden, su mano izquierda se desplazó hacia un lado del escritorio, pero, al no encontrar lo que cada mañana encontraba, se quedó en suspenso en el aire.

Mientras contemplaba perplejo su propia mano, se dio cuenta de que había hecho el gesto de coger los periódicos. Los que el ujier le dejaba siempre en el mismo sitio. Y que en aquel momento, muy probablemente, estaría leyendo Verdini.

Los periódicos eran, aparte los dos diarios sicilianos, *Il Sole-24 Ore*, *Il Corriere della Sera*, *La Stampa* y *La Repubblica*. Siempre empezaba por *Il Corriere*. Estaba seguro, en cambio, de que Verdini empezaría por *Il Sole*.

Más que leerlos, los hojeaba distraídamente, deteniéndose tan sólo en las páginas de economía y en las crónicas de sucesos; aparte de las necrológicas, que leía con suma atención.

Empezó a agitarse inquieto en el sillón, como si la ausencia de aquellos periódicos representara una sustracción indebida.

En determinado momento no aguantó más. Tener aquellos periódicos encima del escritorio se convirtió para él en una necesidad absoluta e improrrogable. Pulsó la tecla del interfono y Giovanni contestó de inmediato.

—Vaya a comprarme los periódicos.

—¿Los mismos de cada domingo?

—Sí. Ah, Giovanni, a partir de ahora cómprelos todas las mañanas y déjemelos junto con el café.

Sonó el teléfono.

Agarró el auricular como un sediento agarra un vaso de agua. A aquella hora, en el despacho ya habría atendido unas quince llamadas.

—Hola, papá, ¿eres tú?

Era Luigi, desde Londres. Se alarmó, pues las llamadas de su hijo solían ser para comunicar noticias desagradables. Una vez sus valores bursátiles habían sufrido un desplome, otra vez se había fracturado un brazo, una tercera se había dado de tortas con un desconocido... Y siempre utilizaba una voz quejumbrosa y necesitada de consuelo. Un consuelo que él no había podido darle, incapaz de sustituir a la madre desaparecida.

—Sí. Hola, ¿cómo estás?

—Estamos bien. Mejor dicho, superbién. Te he llamado al banco, pero me han dicho que...

—A partir de hoy soy un jubilado más.

—Disfruta, papá. Te lo mereces. Quería decirte que dentro de cuatro meses, aparte de jubilado, serás también abuelo.

Se quedó literalmente sin resuello.

No a causa de la emoción. ¿Qué emoción podía experimentar ante la idea de ser abuelo de una criatura a la que probablemente jamás vería y con la cual no tendría el menor trato? Un verdadero abuelo es el que acompaña al nieto a la escuela, lo lleva a los parques, lo ve crecer día a día... Era el estupor lo que lo había dejado sin resuello, pues había olvidado que su hijo se había casado el año anterior. Ni siquiera recordaba el nombre de su esposa inglesa.

—Qué... qué buena... Tu mujer...

—Jackie está estupendamente bien. Si te apetece y quieres venir a conocer a tu nieto, tenemos una pequeña habitación para invitados, con una cama individual, donde puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Y ahora tengo que dejarte. Adiós, papá.

—Adiós, y dale recuerdos a...

Luigi ya había colgado. Todavía estaba un poco sorprendido. Pero de inmediato pensó en la diplomática frase de su hijo acerca de la pequeña habitación de invitados con una cama individual, que traducida significaba: «No te atrevas a presentarte con tu mujer».

Su hijo jamás le había perdonado la boda con Adele. Hijo único, siempre

había estado demasiado encariñado con su madre. Y al morir Michela, el muchacho se desesperó tanto y se encerró tanto en su dolor que él, para distraerlo, lo envió un tiempo a Londres, a casa de un primo suyo que trabajaba en la City. Luigi volvió cambiado, más distante, y a menudo se lo veía como ausente, quizá cavilando alguna idea. Tras obtener la licenciatura, regresó a Londres y adiós muy buenas.

Antes de la boda con Adele, no pasaba ninguna Navidad sin que Luigi se presentara en Montelusa, pero desde entonces no había regresado. Pocas cartas, llamadas trimestrales. Bien mirado, había cambiado un hijo por una esposa. ¿Había ganado o había perdido? Tal vez, ahora que en la fluctuante balanza Luigi iba a colocar el peso de un nieto... Ligera llamada a la puerta.

—Los periódicos, señor.

Cogió el *Corriere*, pero, en lugar de abrirlo por las páginas de economía, se puso a leer las esquelas. Ahora podía permitirse dar prioridad a las noticias necrológicas, recorriendo uno a uno y a conciencia los nombres que componían las interminables listas de quienes participaban en el duelo.

Se abrió la puerta del estudio e, inesperadamente, apareció Adele. Debía de haberse despertado hacía un momento, pues iba en bata y zapatillas, aún envuelta en el aroma de la cama. Elegantísima y evanescente, parecía irreal, la copia exacta de una diva americana del cine en blanco y negro.

¿Desde cuándo no había ido a verlo a su apartamento? Desde hacía años, seguro. Pero ¿cuántos? ¿Cuatro? ¿Cinco? Ahora que acababa de cumplir los cuarenta, estaba todavía más guapa que el día de la boda, diez años atrás.

Él experimentó un súbito y punzante deseo de su cuerpo, pero no se movió, no abrió la boca; esperó a que hablara ella.

—¿Qué tal tu primer día de jubilado?

—Bien. Siéntate.

—No puedo; tengo que irme volando. Estoy...

Quería retenerla y le dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—Acaba de llamar Luigi.

—¿Qué quería?

—Anunciarme que van a tener un hijo.

—Ah, qué bien. Bueno, quería decirte que hoy como con Gianna. Nos vemos esta noche a la hora de la cena. ¿Vale?

—Vale. ¿Y Daniele?

—Daniele almuerza en el comedor universitario. —Se detuvo en la puerta y se volvió para mirarlo—. Oye, no te has puesto corbata.

Cuando Adele salió, él permaneció inmóvil, inspirando hondo para captar el leve aroma de su piel que había quedado en el aire.

Pero él lo sabía mucho antes de recibir el anónimo. Había sido por casualidad, justo a mediados de su tercer año de matrimonio. Acudía a una cita con uno de los clientes más importantes del banco, el *commendatore* Ardizzone, que se había roto una pierna y no podía moverse de casa. Administrador delegado de una destacada empresa de importación y exportación de la isla, Ardizzone había amenazado con cambiar de entidad bancaria por los reiterados desaires, a su juicio deliberados, que sufría por parte del banco. Un simple pretexto, pues el banco habría lamentado mucho perder un cliente como Ardizzone y jamás se habría permitido la más mínima grosería con él. La verdad es que al señor administrador delegado ya no le bastaba lo que el banco llevaba años pasándole bajo mano. Y por eso esta vez las negociaciones estaban siendo largas y difíciles.

Ardizzone vivía en un chalet fuera de Palermo, y para llegar allí había que tomar un cruce de la carretera estatal de Catania. Él iba solo con su coche particular; si ni siquiera se enteraba el chófer del banco, mejor.

«La cosa que menos se sabe es la que sale mejor», según un antiguo proverbio que él había adoptado como norma de conducta bancaria.

Puesto que no conocía el camino —era la primera vez que iba al chalet de Ardizzone— conducía despacio. Nada más enfilar el cruce, a la derecha, había un sórdido motel con el letrero «Motel Regina» colgando ladeado y apagado.

Entonces vio a Adele, quien, tras bajar de su coche en la explanada de acceso, se dirigió a paso rápido a la entrada del establecimiento, en cuyo interior desapareció. Por un instante estuvo seguro de haberse equivocado, pero le bastó con mirar la matrícula del vehículo para confirmar que había visto bien. Inmediatamente después, un sujeto desaliñado salió del motel, subió al coche de Adele, lo llevó hasta delante de un garaje y, tras abrir la persiana metálica con un mando a distancia, lo dejó aparcado al lado de un BMW.

Sin darse cuenta, él había aminorado la marcha hasta casi detenerse. Para sujetar bien el volante antes de acelerar, tuvo que pasarse las manos por las solapas de la chaqueta, pues de golpe se le habían empapado de sudor.

Durante su reunión con Ardizzone se mostró hábil, sagaz, brillante y amablemente expeditivo como nunca antes. A Ardizzone, viendo cómo caían uno a uno todos los argumentos que aducía para justificar su voluntad de cambiar de

entidad bancaria, no le quedó más remedio que aceptar la razonable propuesta que él le hacía.

Una hora y media después de haber pasado por delante del motel, se encontró de nuevo en el mismo sitio.

A la derecha, la carretera estaba flanqueada por un seto bastante alto y tupido de ciruelo silvestre. Dio marcha atrás, pasó por encima de un arcén poco profundo y estacionó el coche unos metros más allá, en un hueco del seto, a resguardo de miradas curiosas y con una buena vista de la entrada del motel.

No había ningún coche en la explanada, pero estaba seguro de que su mujer se encontraba todavía dentro. Había transcurrido poco tiempo; seguramente Adele y su amante aún estaban retozando en la cama.

Porque Adele necesitaba una hora y media sólo para empezar.

—¡Procura pensar un poco, papá! ¡Entre tú y esa chica hay un cuarto de siglo de diferencia! —le había dicho Luigi casi a gritos—. ¡Reflexiona, por Dios! ¡Tiene la misma edad que yo!

—Ella también es viuda, como yo.

—¡No digas chorradas, papá! ¡Tú eres un viudo de cincuenta y cinco años, y ella, una viudita de treinta!

Cuando el presidente en persona se lo presentó, Angelo Picco era un joven treintañero y todavía soltero.

—Quisiera que lo tomara como ayudante personal para que pueda aprender de alguien con su experiencia. Se lo agradeceré mucho.

Él buscó información y se enteró de que el joven era el sobrino predilecto de un alto funcionario del Banco de Italia. Lo tuvo a su lado durante tres meses y al fin se convenció de que no merecía la pena. No porque Angelo Picco fuera duro de mollera —al contrario, era rápido e inteligente—, sino porque las actividades bancarias le importaban un bledo. Lo único que lo apasionaba eran las motocicletas y todo lo que giraba a su alrededor. Tenía una potente moto con la que iba al banco y que aparcaba estratégicamente para poder verla desde su despacho. De vez en cuando se acercaba a los ventanales y le lanzaba una mirada de enamorado. Había guardado en un cajón la cajita con cien tarjetas de visita que el banco le entregó, «*Dott. Angelo Picco Asistente del Vicedirector General*», y se había olvidado de ella.

Pasados cuatro meses, Angelo dejó en su escritorio una participación de boda y lo invitó a ella. Como es natural, él no asistió; se limitó a enviarle un regalo. Recibió una tarjeta: «Adele y Angelo con gratitud». Picco se reincorporó tras un mes de vacaciones nupciales y enseguida quedó claro que el matrimonio no le había sentado bien. Estaba más distraído y desatento que antes. Decidió esperar a que Angelo cumpliera un año de trabajo antes de hablar al respecto con el presidente. Un lunes, cuando faltaba un mes para que se cumpliera el plazo, consideró adecuado comunicar a Angelo la negativa opinión que daría al

presidente acerca de él.

—Envíeme a Picco —le dijo a su secretaria por el interfono.

—Esta mañana no ha venido.

—¿Ha llamado?

—No. ¿Quiere que me informe?

—Sí, gracias.

Cinco minutos después la secretaria entró trastornada en su despacho.

—El *dottor* Picco murió anoche. Estrelló la moto contra un árbol.

Él consideró su deber acudir personalmente a dar el pésame a la pobre chica que había enviudado ocho meses después de su boda. Se encontró ante una joven dotada de tal belleza que ni siquiera el dolor y la desesperación del duelo conseguían empañar.

Vestida con un traje de chaqueta negro, con el largo y rubio cabello recogido en un moño y cubierto por una mantilla negra, su elegancia natural era tanta que incluso parecía desentonar con la situación. Dos veces durante aquella visita él tuvo que apartar los ojos de las largas piernas de Adele, que las medias negras convertían en algo absurdamente irresistible.

—Sé que Picco no tuvo tiempo para acumular una pensión, pero no podemos abandonar a la viuda a su suerte, ¿no cree? Se lo ruego, manténgase en contacto con ella y busque la manera de... de...

—Lo he comprendido perfectamente, señor presidente.

La segunda vez que fue a su casa, ya transcurrida una semana desde la muerte de Angelo, la encontró vestida exactamente igual que durante la primera visita. Pero sin la mantilla y con el cabello suelto sobre los hombros. Dos horas cara a cara porque tenían que abordar cuestiones delicadas, y no hubo un gesto, una mirada, un movimiento de Adele que no le alterara la sangre. No es que ella lo hiciera a propósito; cuando lo miraba, no había ningún destello de coquetería en sus ojos. Al contrario, observándolos lo poco que se atrevía, descubrió en ellos esencialmente el reflejo de su reciente y presente dolor. Tanto es así que dos veces durante la conversación derramaron unas pocas lágrimas.

El señor presidente podía estar tranquilo: aunque el banco no interviniera, Adele no se quedaría desamparada. Era huérfana, pero sus padres, fallecidos en un accidente aéreo durante un viaje de placer a Honolulu, le habían dejado una modesta herencia.

Aquella noche no logró conciliar el sueño, pensando constantemente en ella. ¿Ejercía el mismo efecto en todos los hombres? Lo que más le había llamado la atención, aparte de su belleza, era una especie de mal disimulada ambigüedad. El serio aunque elegante vestido negro no conseguía borrar la sensualidad de su cuerpo. Aquel vestido negro, obligado por las circunstancias, se presentaba como una camisa de fuerza que ella había querido imponerse. En todo momento se mostró reservada, circunspecta, casi distante. Y sin embargo...

Tres meses después volvió a verla. Acudió al banco para firmar unos papeles, pues él había conseguido que le concedieran una suma desproporcionada. Superado el período de luto riguroso, ahora vestía un impecable traje de chaqueta gris de mujer de negocios, el equivalente femenino del suyo.

Aquella vez fueron a comer juntos. Y hablaron de sus difuntos cónyuges. Él le contó que tenía un hijo treintañero que trabajaba en Londres. Ella bajó la mirada.

—Yo jamás tendré hijos.

—¿Por qué lo dice? ¡Es muy joven! Ya verá como con el tiempo...

—Soy como un desierto. Aunque lo rieguen, jamás nacerá en él un oasis. Me lo han dicho los médicos.

Mirando él posó una mano en la suya para consolarla. Ella la retiró de golpe mirando alrededor, como si él hubiera actuado con inconveniencia.

—Disculpe —murmuró él ruborizándose.

—¿Quiere venir a cenar a mi casa la próxima semana? —le preguntó entonces Adele.

Y él se presentó con un gran ramo de rosas y el corazón palpitando. Ella lo recibió vestida con unos ajustados pantalones de terciopelo negro y una camisa a rayas blancas y rojas de tipo masculino, remangada.

—He cocinado yo. Cualquiera sabe lo que me habrá salido.

Resultó una cena exquisita, acompañada por un vino blanco muy fresco y traicionero en su aparente inocuidad. Pasaron todo el rato conversando, deseosos de contarse los hechos más importantes de su vida. Siguieron hablando en el salón, sentados muy juntos en el sofá, bebiendo *whisky* de malta pura.

Con la puerta ya abierta en el momento de despedirse, ella le ofreció una mejilla. Él la besó y ya no logró separar los labios de su piel. Entonces Adele lo apartó bruscamente.

—Disculpe... Perdóneme, Adele, yo...

—Espera.

Ella cerró la puerta tras echar un rápido vistazo a las otras dos puertas del rellano, se dio la vuelta y se arrojó a sus brazos con tal ímpetu que él se tambaleó.

No; Luigi se equivocaba. Ya la primera vez que se acostó con Adele supo que sí, que la edad podía tener algo que ver, pero que ni siquiera un veinteañero lograría estar a su altura. Ella hacía el amor con total desinhibición, con ardor arrollador, sin el más mínimo pudor, dispuesta a cualquier cosa, sin experimentar jamás el menor deseo de contenerse. Al final de cada noche, él estaba exhausto, y ella, más fresca que una rosa.

En los dos primeros años de matrimonio su carrera se resintió, cometió dos o tres errores que le perdonaron porque no eran nada en comparación con la abundancia de méritos; pero su físico ganó. Cuando se miraba desnudo en el

espejo, se veía como renovado: habían desaparecido los michelines de la cintura, y los músculos que empezaban a aflojarse se habían endurecido. ¿La juventud era contagiosa? No; Adele, aparte de la pasión, no estaba regalándole una nueva juventud sino perdonándole unos cuantos años de vejez, eso sí.

Por la noche, si dormía cuatro horas, gracias. Varias veces se habían quedado dormidos mientras todavía estaban haciéndolo. Por la mañana él no se levantaba cansado, sino absolutamente incapaz de trenzar sus pensamientos para concentrarse en el trabajo que lo esperaba en el banco. Porque su cerebro también estaba enteramente ocupado por Adele, no hacía más que repasar todo lo que habían hecho unas horas antes; y lo más maravilloso era que bastaba con que él lo quisiera para que aquel pasado reciente volviera a ser un presente inmediato.

Una mañana, cuando acababa de ducharse, oyó una especie de quejido desde el dormitorio. Seguramente Adele estaba teniendo una pesadilla. Volvió a la habitación con sigilo. Adele había apartado la sábana y estaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta, desnuda, con la espalda arqueada, con la mano derecha en la entrepierna y la izquierda pasando de un pezón al otro mientras el quejido se tornaba inconfundible.

Él regresó cautelosamente al cuarto de baño. De pronto se sintió un poco humillado. Pero después, pensándolo bien, llegó a la conclusión de que el problema no era suyo sino de Adele.

Y, con la lucidez que siempre lo había caracterizado, supo que llegaría el día en que Adele no tendría más remedio que traicionarlo.

Habían transcurrido tres horas. Seguramente en aquel momento Adele estaba vistiéndose. Fue entonces cuando experimentó el único y verdadero ataque de celos. Conociéndola, el hecho de que se hubiera dejado poseer por otro entraba dentro de lo inevitable. Pero que también le concediera a su amante la posibilidad de presenciar la ceremonia, eso ya era demasiado.

Porque el acto de vestirse, al que a él le era dado asistir sólo el domingo por la mañana, era una auténtica ceremonia que empezaba con una larga purificación del cuerpo. Para lavarse, Adele utilizaba dos jabones. Con uno se enjabonaba por completo delante del lavabo. Después se duchaba, procurando que no le quedara en parte alguna del cuerpo el menor rastro de espuma. A continuación, siempre bajo el chorro de la ducha, utilizaba el segundo jabón.

Una vez él se había atrevido a decir:

—¿Me dejas meterme? —Tenía ganas de enjabonarla toda y por todas partes, por delante y por detrás, de abrazarla estrechamente para sentir que resbalaba contra su cuerpo como una anguila.

—¡Ni se te ocurra!

Una orden seca y cortante, que no admitía réplica. Él había obedecido y se había limitado a mirarla a través del cristal opaco de la mampara, sentado en el

borde del *jacuzzi* que ella raras veces utilizaba.

Después Adele salía de la ducha y se secaba mirándose en el espejo que ocupaba toda la puerta. Tras lanzar al suelo la gran toalla, cogía un tarrito de una crema especialmente preparada en la herboristería y se la aplicaba largo rato en los pechos. Él veía cómo durante el masaje se le endurecían y erguían los pezones. Ya desde la primera vez Adele había establecido que él podía asistir al ritual siempre que no participara, ¿cómo decirlo?, emocionalmente. Por eso, para evitar cualquier riesgo, en cuanto ella tiraba la toalla al suelo, él la recogía y se la colocaba sobre las rodillas.

Después de los pechos era el turno de brazos y piernas. Antes de proceder a la depilación de las axilas con una maquinilla de afeitar verde, Adele cogía una lupa y se exploraba milímetro a milímetro las extremidades en busca de algún pelo inexistente, pues tenía la piel tan lisa como una bola de billar. Si creía ver alguno, lo extraía con una pequeña pinza. Las ceras, que también tenía, eran totalmente inútiles. Luego se masajeara largo rato con otra crema personal.

Después, sentada en el taburete blanco de plástico, con los pies apoyados en el borde de la bañera, las rodillas dobladas, un espejito en la mano izquierda y en la otra una maquinilla —esta vez rosa—, eliminaba o reducía el vello rubio pelirrojo que circundaba sus partes íntimas. Se aplicaba otra crema en las nalgas y la cara interna de los muslos. Seguían los pies, untados con otro tipo de crema. En las uñas se ponía algo que les confería mucho brillo.

A continuación, todavía desnuda, pasaba al gran vestidor contiguo al cuarto de baño. Él la seguía, y tenía derecho a un taburete. Sentada en el puf del tocador, Adele se retocaba un poco las cejas y se aplicaba una leve capa de carmín rosa en los labios. No lo necesitaba en absoluto, pero lo hacía a pesar de todo. El único momento en que él podía participar era cuando ella le tendía el cepillo para el cabello. Entonces, de pie tras su esposa, le cepillaba el pelo media hora. Después regresaba a su sitio.

A continuación, ella se volvía de espaldas al espejo del tocador y, sentada, enrollaba la primera media. Luego, inclinada hacia delante, con unos pechos tan turgentes que ni siquiera en aquella posición se movían, introducía la punta del pie en la media y empezaba a desenrollarla despacísimo. Y no menos despacio alzaba la pierna conforme la media subía desde el tobillo hasta la pantorrilla y al muslo. Por fin, con la pierna completamente levantada, como una bailarina, daba el último tirón para que la media se ajustara a la perfección a la tersa piel. Tras haber enfundado la otra pierna, se ponía el sujetador. Acto seguido se levantaba con las bragas en la mano y le daba la espalda para ponérselas. Después abría las puertas del armario y se paseaba por delante, murmurando una cancioncilla con la boca cerrada.

Cuando decidía qué ponerse, ya no cambiaba de opinión. Sólo que, curiosamente, los gestos que hacía para vestirse resultaban mucho más

provocadores que los de un *striptease*.

Si, por ejemplo, se ponía pantalones, los sinuosos movimientos de la pelvis y las caderas imitaban despiadadamente aquel otro movimiento.

El sujeto desaliñado salió del motel, abrió el garaje, sacó el BMW y regresó al interior. Al cabo de menos de cinco minutos apareció un negro. Altísimo, se movía como un atleta. Él lo reconoció porque hacía tiempo que su imagen salía en la televisión local, en el programa semanal que comentaba las victorias del equipo de baloncesto. El negro era el pivot, pagado a peso de oro y traído desde Estados Unidos. Subió al BMW y se fue.

¿Cómo lo habría conocido Adele?

Se dijo que era una pregunta tonta. Menos de un año después de su boda, Adele había sido nombrada presidenta del club social del banco, dotado con piscina olímpica, dos canchas de tenis y un enorme salón para recepciones. Sin duda habría conocido al pivot en alguna fiesta celebrada en honor del equipo, que a aquellas alturas ya jugaba el campeonato nacional. Él jamás había puesto los pies en aquel club.

Pero ¿qué importancia tenía dónde se hubieran conocido?

Adele, un poco porque era su esposa y un poco porque había demostrado una insospechada capacidad, también se había convertido con el tiempo en presidenta del círculo de *bridge* y de una asociación benéfica y exclusiva que reunía a las señoras más conocidas, así como en vicepresidenta de la asociación que gestionaba el equipo de fútbol. Cosas que a él le importaban un pimiento. Por otra parte, ella jamás le había pedido que la acompañara en su vida mundana.

El informe de sus actividades se había convertido en el tema de conversación principal, cuando no en el único, durante la cena.

Después, delante del televisor, ya no era necesario hablar.

Al cabo de media hora, el sujeto desaliñado sacó el coche de Adele, que apareció al poco. Antes la había visto sólo de espaldas y, a causa de la sorpresa y la turbación, no se había fijado en su atuendo. Vestía como la institutriz de un selecto colegio inglés: falda a media pantorrilla, zapatos de tacón bajo, elegante corbata de pajarita, blusa negra de topes blancos, chaqueta rigurosamente ceñida. No era precisamente la vestimenta adecuada para un encuentro amoroso. La vio subir al coche, ponerlo en marcha y alejarse.

No había permitido que el negro asistiera a la ceremonia de la ablución purificadora. Se lo agradeció.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Ah, pues mira, he tenido una larguísima y aburrida reunión en la asociación benéfica. Ha terminado hace un rato. Al directivo le ha costado mucho determinar si una señora a la que tú no conoces debe ser admitida como socia o no. He observado cierta saña contra ella.

—¿Por qué?

—Corren rumores. Por lo visto, engaña a su marido.

—Y si descubris que una que ya es socia engaña a su marido, ¿cómo actuáis?

—La obligamos, con nuestro comportamiento, a que se dé de baja.

Por eso ella era cautelosa al elegir el lugar de las citas. Ninguna de sus amigas pondría jamás los pies en aquel asqueroso motel. Y la asamblea de la asociación, que sin duda se habría celebrado pero habría sido breve, explicaba la seriedad del atuendo. Aquella noche, en la cama, fue la primera vez que él la trató con una especie de turbia violencia. Al principio ella se sorprendió, pero luego pareció agradecerlo, y mucho. Fue como si hubieran regresado a la luna de miel, cuando ella lo buscaba una y otra vez.

Así pues, el anónimo que recibió unos meses después no le supuso ninguna sorpresa. Pero sí una repentina preocupación.

—¿Sabes dónde está el motel Regina?

La mano de Adele, que se estaba llevando a la boca una cucharada de consomé, no tembló.

—No. ¿Por qué?

—Un subordinado mío me ha dicho que te ha visto por allí.

—Puede ser, puesto que no sé dónde está ese motel.

La había avisado. Que se buscara un sitio más seguro.

Vivían en una villa heredada de su padre, que había tenido que defender con uñas y dientes de los constantes ataques de los especuladores inmobiliarios, que la ambicionaban y ofrecían por ella sumas de locura. Situada casi en el centro de la ciudad y con un extenso jardín, era ideal para derribarla y construir un enorme inmueble de más de ocho pisos.

En esa defensa había encontrado un firme y decidido aliado en Adele, la cual, al final del tercer año de matrimonio, apuntó la idea de una reforma total de la casa.

Cuando habló de ello por primera vez, ya hacía seis meses que no dormían juntos. Adele había hecho preparar para él un cuartito que comunicaba con el dormitorio principal, donde ella seguía durmiendo sola. En el cuartito apenas cabían una pequeña cama, la mesita de noche y una silla. Se trataba más bien de una celda.

Cuando les apetecía hacer el amor —las relaciones entre ambos se habían espaciado inexplicablemente, aunque sin perder intensidad—, ella lo acogía de buen grado en la cama matrimonial todo el tiempo necesario, hasta que se cansaban, pero después, en el momento de conciliar el sueño, él tenía que irse; no había nada que hacer.

—Roncas tan fuerte que pareces un avión despegando. No me dejas dormir —aducía ella.

—¿Y cuando nos casamos no roncaba?

—Sí, pero de manera soportable.

—Será la edad.

—No creo.

Pero le había hecho sentir la diferencia de años que había entre ellos, aunque después de una noche maratónica jamás le preguntaba si estaba cansado. A lo largo de su vida en común, también lo trataba como a alguien de su misma edad. Por otra parte, tal vez Adele le había preparado aquel cuartito porque los encuentros fuera de casa empezaban a pasarle factura y quería recuperar las energías por la noche sin tener ninguna tentación al lado.

Como fuere, cuando una noche a la hora de cenar propuso la reforma, él no se sorprendió realmente. Era una petición que esperaba desde hacía tiempo. Pero

tuvo la certeza de que ella aprovecharía la ocasión para obtener un ulterior alejamiento.

—Tú no puedes seguir durmiendo en ese cuartito.

—¿Por qué?

—Supón que coges la gripe y tienes que quedarte unos días en cama. A mí me daría vergüenza que el médico o quien sea te viese confinado allí. Cualquiera sabe lo que pensarían, menuda montarían nuestros conocidos. Si la gente se enterara de algo así...

Estaba obsesionada con el qué dirán.

—Pero ¿a ti qué te importa?

—Me importa. Me interesa que me consideren una persona respetable, cosa que desde luego soy. ¡Imagínate! Tú mismo serías ridiculizado. Además, piensa en lo incómodo que estarías si tuvieras que pasar allí todo el día. Te asfixiarías. Por otro lado, yo necesito espacio para recibir a los amigos o celebrar reuniones aquí. Con la villa en este estado nunca puedo invitar a nadie.

En resumen, motivos humanitarios para él y motivos mundanos para ella. Su resistencia no duró ni una semana.

Adele confió en un joven y prometedor arquitecto y se quedó en la casa para seguir la reforma de cerca. Él tuvo que trasladarse a un aparthotel. Pero Adele se reunía con él cada noche, iban a cenar juntos a un restaurante, y ella, entusiasmada, lo informaba sobre el estado de las obras. Y tres o cuatro veces, para demostrarle su gratitud, subió con él a la habitación y se quedó toda la noche.

Cuando finalmente concluyeron las obras y él visitó la casa guiado por el arquitecto y Adele —le habían prohibido poner los pies allí mientras durara la reforma («Quiero que la veas cuando todo haya terminado, ¡verás qué sorpresa te llevas!»)—, comprendió de inmediato dos cosas: primero, que las obras se habían realizado con indudable buen gusto e inteligencia, tanto que por fuera la villa parecía la misma de siempre pero rejuvenecida; y segundo, que su mujer no había dejado escapar al prometedor arquitecto. Se delataron por la manera en que permanecían uno al lado del otro mientras le hablaban: sin que ellos lo quisieran, sus caderas se buscaban hasta rozarse.

En la planta baja había ahora un espacioso comedor, la cocina y un gran salón con amplias cristalerías de estilo modernista que se abrían al jardín.

El piso de arriba, al que también se podía acceder desde el exterior por una escalera situada en la parte de atrás, se había dividido en dos apartamentos, uno más grande y otro más pequeño. El destinado a él tenía un dormitorio, un cuarto de baño, vestidor, estudio y una habitación de invitados.

El de Adele tenía una habitación y un cuarto de baño más.

Los dos apartamentos se comunicaban a través de una puerta que, como ordenó Adele al servicio, debía permanecer siempre cerrada, pero de la cual ella

le entregó solemnemente una llave el primer día.

—Puedes usarla cuando quieras —le murmuró al oído, dándole un rápido lametón en el lóbulo con la punta de la lengua, para dejar claro lo que quería decir.

La escalera de la parte trasera llegaba hasta el pequeño apartamento de la servidumbre —Giovanni y su mujer, Ernestina—, separado del resto de la enorme terraza por una alta pared. Adele había mandado arreglar la terraza, a la cual también se accedía a través de una escalera interior, para poder celebrar fiestas en las noches estivales. Para adornarla con plantas y flores había contratado al mismo jardinero que se había ocupado del jardín, que ahora era esplendoroso.

La primera noche en la villa reformada, Adele quiso evitar el incordio de ir a reunirse con él en su cama.

—Quiero estrenarla contigo —dijo, refiriéndose a su propia cama.

A él le pasó por la cabeza que ella ya la había estrenado con creces con el prometedor arquitecto, pero inmediatamente después, la recuperada pasión de Adele lo arrolló como la crecida de un río desbordado y borró cualquier capacidad de raciocinio.

Aparte de que, a Adele, cualquier cama que no fuera la suya, la de un hotel durante las vacaciones o la de un aparthotel, le estimulaba la fantasía.

Ya hacía tres años que él no utilizaba la llave y que Adele tampoco empleaba la suya. Pero todos los domingos por la mañana se encontraba con que la puerta no estaba cerrada. Era una clara señal: si le apetecía, podía entrar en el otro apartamento y asistir a la ceremonia de la ablución y el acto de vestirse.

Y fue precisamente un domingo por la mañana cuando Adele, en bragas y sujetador, al llegar el momento de elegir vestido, abrió una parte del armario que él jamás le había visto abrir y sacó uno con resolución.

Él lo reconoció, pues conservaba un recuerdo lacerante de sus primeros encuentros, incluso del más mínimo detalle. Era aquel traje de chaqueta gris de mujer de negocios que ella llevaba tras superar el período de luto riguroso, cuando fue a verlo al banco para firmar los documentos y después salieron a comer juntos por primera vez. Cuando ella le contó que era estéril. Desde entonces, jamás se lo había visto puesto.

¿Por qué lo sacaba ahora?

Como si adivinara la muda pregunta, ella, moviendo la pelvis en ligeras sacudidas para ponerse la falda, dijo:

—Anoche me llamó tía Ernestina desde Bagheria para decirme que tío Ntonio se está muriendo. Voy a verlo. Le quedan pocos días de vida. Voy en un santiamén y vuelvo, porque tengo una reunión de la junta directiva.

Aquellos tíos no tenían hijos y la habían acogido en su casa cuando, a los catorce años, ella se quedó huérfana.

Por lo que Adele le había contado, al año siguiente, el día en que cumplía quince, le ofrecieron una doble fiesta: a la hora de comer, al volver de la escuela, encontró una tarta con velitas y un vestido nuevo. La segunda, más íntima, se la dedicó tío Ntonio, aprovechando que su mujer había salido y pasaría toda la tarde fuera.

—Pero ¿tú no te sorprendiste cuando él te pidió que subieras al desván con él?

—Pues claro que sí. No era tonta ni siquiera entonces.

—¿Y aun así fuiste?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Había un catre con un colchón enrollado.

—¿Lo desenrolló?

—No; lo tiró al suelo.

—¿Por qué?

—No sé, quizá tenía miedo de que se manchara y la tía...

—¿Y tú qué hacías entretanto?

—Lo miraba.

—¿Y después?

—Y después me tumbó en el catre, me levantó las piernas y me quitó las braguitas. ¿Quieres más detalles?

—Me bastan. ¿Y por qué no te rebelaste?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Pues porque quizá me pareció una cosa inevitable. Sabía que tarde o temprano... Él llevaba varios meses intentándolo.

—¿Y cuánto duró?

—Un año aproximadamente.

—¿Siempre en el desván?

Ella rio.

—No. Ya no había temor a manchas comprometedoras. En su cama, en la mía, en cualquier sitio. O de pie.

—¿Y cómo terminó?

—Conocí a un chico, me enamoré y ya no quise seguir con él.

—¿Y él?

—Tuvo que resignarse, pobrecito.

Pobrecito.

Y ahora ella iba a verlo cuando estaba a punto de morir, llevando el vestido adecuado a las circunstancias. Porque estaba claro que sólo utilizaba aquel traje chaqueta para después de un luto riguroso o para antes de un luto.

Cuando ella le dijo que no se había rebelado contra la violencia de su tío porque la consideraba inevitable —usó esa palabra—, él sintió que de repente sus

dos órbitas, que parecían seguir elipsis sideralmente distintas, se acercaban por un instante.

En los matrimonios, al cabo de algún tiempo, se produce a menudo una especie de misteriosa comunión, complicidad o lo que sea, que lleva a marido y mujer a ver y juzgar las cosas de la misma manera. Él también había previsto con lucidez la traición de su esposa y, cuando se produjo, no había reaccionado. Tan sólo se había rendido, como Adele, a lo inevitable.

Pero en los últimos tres meses se había encontrado la puerta de comunicación inexorablemente cerrada. Y así comprendió que había sido excluido también de la ceremonia.

—¿Quieres explicarme por qué y a no dejas la puerta abierta?

—¿Sabes? Es que Daniele, pobrecito, duerme hasta muy tarde los domingos por la mañana. No quisiera que lo molestáramos. Acaba de estudiar cuando ya es noche cerrada. Ten un poco de paciencia. Cuando se vaya...

Daniele.

Una noche, mientras veían la televisión, ella le había preguntado:

—¿Te molesta que durante algún tiempo aloje a un sobrino mío que se ha matriculado en la universidad?

Era una pregunta retórica. Aunque le dijera que le molestaba, Adele argüiría alguna mentira y lo acogería en casa.

—¡¿Tienes un sobrino?!

—Bueno, no es lo que se dice un sobrino sobrino. Ya sabes cómo somos aquí en Sicilia con los parentescos. Es el hijo de mi prima Adriana, que vive en Polizzi. ¿No la recuerdas? Vino a nuestra boda. Fui a verla la semana pasada, ya te lo conté. Adriana me expuso su problema, ¿y qué iba a hacer yo? Le dije que podría hospedarlo una temporada. El chico se llama Daniele. Yo tengo una habitación de más. No me causará ninguna molestia. Puedo tenerlo allí; total, estoy segura de que va a estar muy poco tiempo con nosotros.

—¿Y eso quién lo dice? Quizá se encuentre tan a gusto que...

—¡Anda ya! ¡Tiene diecinueve años! Querrá libertad. A lo mejor tiene una novia que jamás se atrevería a traer a nuestra casa. Habrán de conformarse con hacerlo en su Cinqüecento, pobrecitos. En cualquier caso, Adriana me ha jurado que, en cuanto encuentre un alojamiento decente, su hijo se irá.

—¿Qué estudia?

—Medicina.

—¿Cuándo llega?

—Todavía no lo sé. Adriana me llamará para decírmelo.

Cada apartamento estaba dotado con una línea telefónica propia. Un martes por la tarde, recién llegado del banco, oyó el teléfono del estudio. Era Adriana, la prima de su mujer, que llamaba desde Polizzi.

—Perdona que te moleste, pero me he pasado todo el día buscando a Adele y

no consigo localizarla. ¿Tienes idea de dónde está?

—No. Pero si la llamas dentro de una hora seguro que la encuentras.

—Dentro de una hora me será difícil. ¿Puedo dejarte a ti el recado?

—Faltaría más.

—Quería avisar a Adele de que Daniele llegaría a vuestra casa mañana por la tarde.

—Muy bien.

—Ah, oye, debo darte las gracias también a ti por tu amable disponibilidad. Nada más lejos de mi intención que causaros molestias, pero como Adele me propuso esta solución momentánea e insistió tanto, no supe decir que no.

O sea que la historia era un poco distinta de como la contaba su esposa. Y en cuanto vio al medio sobrino, comprendió por qué Adele se lo había apropiado.

Daniele era un chico guapo, alto, rubio, de ojos azules y físico de atleta. Indudablemente tenía un aire de familia con Adele. Además, era educado, discreto y reservado. Puesto que a Adele la llamaba tía, él se convirtió en el tío.

Y, por supuesto, nadie lograba dar con un alojamiento decente para el pobre Daniele. Hacía meses que estaba con ellos y seguramente ni siquiera le había pasado por la cabeza mudarse.

Así pues, estaba claro por qué ahora la puerta se encontraba siempre cerrada. Pese a todo, quiso confirmarlo.

Un sábado, sobre las tres de la madrugada, se levantó, se dirigió al estudio y sacó la llave que guardaba en el primer cajón del escritorio. Pero la llave no entraba del todo en la cerradura: tropezaba con un obstáculo. La explicación: Adele había cerrado y dejado puesta su llave, por costumbre o para que él no pudiera abrir desde el otro lado.

Insistió por última vez, procurando hacer el menor ruido posible. Y de repente la llave ya no encontró resistencia; entró y él pudo abrir. La llave de Adele había caído al suelo, sobre la moqueta del pasillo. Avanzó con cautela a la luz de una lámpara nocturna que su mujer quería siempre encendida porque le daba miedo la oscuridad. Todas las puertas estaban cerradas. Acercó el oído a la de la habitación de Daniele y escuchó. No oyó nada, así que giró la manilla y abrió un poco: la cama del muchacho estaba intacta.

Sin embargo, eso no significaba nada; tal vez aún no hubiera regresado a casa. Avanzó un poco más y pegó el oído a la puerta de la antigua habitación matrimonial. De inmediato oyó los jadeos de Adele mezclados con la letanía de los « sí... sí... sí... », y a Daniele, que le decía:

—Date la vuelta.

Regresó a su apartamento, dejando la llave en el suelo y cerrando la puerta a su espalda.

Por eso ahora se le negaba el acceso dominical: Adele temía ser sorprendida durmiendo entre los brazos de su jovencísimo amante. Que quizá no roncaba. Al

menos, todavía no.

En cualquier caso, Adele había actuado de manera sensata al optar por tener en casa la comida apropiada para su apetito en lugar de ir a buscarla fuera. Así no corría el riesgo de que la vieran en algún sórdido hotel de las afueras. ¿O acaso, estando siempre hambrienta como estaba, seguía conservando un comedero en algún otro sitio? No había que descartar esa hipótesis.

Una noche en que Daniele no cenaba con ellos, Adele lanzó una pregunta preventiva:

—¿No te enfadarás si te digo una cosa?

—No, por Dios, dime.

—Le he renovado el vestuario a Daniele.

—¿Lo necesitaba?

—Pues sí. ¿Sabes?, es que algunas veces pasa casualmente por el salón cuando estoy reunida con mis amigas, y si tengo que presentarlo, ¿qué pensarán de mí si dejo que mi sobrino vaya por ahí como un andrajoso?

—Bueno, no me parece que Daniele vista precisamente como un andrajoso.

—Pero no tiene ropa adecuada.

—¿Se la has encargado a mi sastre?

—No te preocupes. Lo he comprado todo de confección. Hoy día, en las tiendas se encuentran cosas bien hechas. Además, a Daniele, con el cuerpo de modelo que tiene, cualquier cosa le sienta bien.

Prendas adecuadas como las que tenía ella. O sea, que quería que Daniele tuviera el traje para acompañarla a la iglesia, el traje para presentarse con ella en el salón, el traje para acompañarla al teatro...

—¿No podías decirselo a su madre?

—La habría puesto en un apuro, pobrecita. No es que estén boyantes precisamente.

Pero ¿por qué se lo había contado? Podría haberle comprado una tienda de ropa a Daniele y él ni siquiera se habría dado cuenta, o habría pensado que lo abastecían desde Polizzi. Quince días después tuvo la explicación: había sido una especie de avance a la descubierta para poner a prueba su reacción.

—¿Sabes?, Daniele ya no podía seguir con su maltrecho Cinquecento. Se ha comprado un coche nuevo, un japonés pequeñito, un...

—¿Le has dado tú el dinero?

—Sí —contestó ella, ruborizándose ligeramente.

Era la primera vez que la veía sonrojarse de apuro.

Él se preocupó. ¿Y si el chico se había hartado del asunto y ella, enamorada, quería retenerlo a su lado con regalos? Puede que por las mañanas le dejara un pequeño fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta. ¿O se trataría sólo de esa especie de inseguridad que a veces experimentan las cuarentonas?

Aquella noche, en el momento de despedirse, Adele le murmuró al oído:

—¿Puedo ir más tarde a tu habitación?

Era su manera de demostrarle su gratitud por no haberse enfadado. Por la gracia otorgada.

—Mejor en nuestra habitación —propuso él.

—No; tengo miedo de que nos oiga Daniele.

Él tuvo la tentación de echarle en cara la puerta de comunicación cerrada y la llave en la cerradura. Pero le duró un instante. No podía privarse de aquel inmenso e inesperado regalo.

Se levantó para abrir la ventana del estudio.

Empezaba a hacer un calor estival y no estaban ni siquiera a mediados de mayo.

—¿Dónde habría decidido Adele pasar aquel año las vacaciones?

Él ya no tenía el problema de fijar por adelantado la fecha y la duración de las vacaciones para comunicarlo oportunamente al departamento de personal. Por regla general, eran cosas que decidía junto con Adele, pero cuando ya había facilitado la información al banco, ella casi siempre cambiaba de idea veinticuatro horas después.

—¿No podríamos retrasar unos diez días la salida?

Pues claro que podían, pero eso significaba, aparte de la molestia del calor en la ciudad, consumir diez días de las vacaciones en el jardín o la terraza. Aunque, en el fondo, tampoco le habría molestado demasiado.

El otro cambio de idea ocurría la víspera del final de las vacaciones:

—¿No podríamos quedarnos aquí una semanita más?

—¿Y quién se lo decía al banco?

Ahora ese problema ya no existía. Él era libre de hacer y deshacer y no tenía que rendir cuentas a nadie; podría satisfacer los caprichos de Adele.

En cualquier caso, jamás se trataba de escoger entre mar y montaña, pues su mujer no resistía una altitud superior a los doscientos metros. Por tanto, la elección se limitaba al lugar, seguramente del extranjero. A él le daba miedo volar. Ella, en cuanto el aparato alcanzaba la fase de crucero, se quedaba dormida. Y dormida llegaba, incluso tras quince horas seguidas de sueño.

En realidad el destino de las vacaciones no lo elegía Adele, sino que era la consecuencia directa de lo que oía decir a sus amigos del círculo de *bridge*:

—Este verano he estado en una isleta de las Seychelles que...

—¡Nada como las Canarias!

—En Cuba hay un hotel a la orilla del mar...

Casi nunca veraneaban solos. Iban en compañía de alguna otra señora del círculo y su cónyuge; unas veces la vicepresidenta Ágata Locurto y su marido, otras la tesorera Maria Trizzino y su marido, otras la marquesa Arduino della Troffa y su marido marqués...

Las socias del círculo eran unas malas pécoras sexagenarias maquilladas como si fueran treintañeras, con mucha base de maquillaje, carmín y joyas, aficionadas a las seducciones exóticas y los masajes especiales; sus esposos — directores generales, empresarios, honorables diputados o simples cabrones que habían conseguido ganar dinero no se sabía cómo— no les iban a la zaga: todos querían parecer jóvenes treintañeros. Por consiguiente: ejercicios cotidianos, kilométricos paseos por la playa, gimnasio, sauna, masajes, chorradas varias.

Él jamás participaba.

—¿Será posible que no consigas alternar en sociedad? —le reprochaba siempre Adele, enfurruñándose.

A él la sola expresión le tocaba tremendamente las narices.

Por si fuera poco, el sol le hacía daño. Tenía la piel delicada, como todos los pelirrojos. A los diez minutos de exposición, los rayos solares lo dejaban hecho una langosta. Permanecía bajo el parasol con expresión enfadada, y la reverberación del calor desde la arena bastaba para asarlo a fuego lento. Al poco rato se le empezaba a evaporar el sudor. Cuando faltaba un cuarto de hora para regresar al hotel, corriendo de puntillas porque la arena quemaba, se lanzaba al mar. Pero la leve sensación de frescor experimentada no bastaba para superar el tramo de playa que lo separaba del hotel.

Llegaba a su habitación agotado y se metía en la bañera mientras Adele ocupaba la ducha. En los primeros tres años de matrimonio, en cuanto regresaban al hotel desde la playa, antes del baño y la ducha tenían que hacer una variante, un juego inventado por Adele que se llamaba «el refresco de las zonas blancas».

Elle se quitaba el bañador y él debía refrescar, lamiéndolas, todas las partes que no habían estado expuestas al sol, previa introducción en la boca de un cubito de hielo sacado del frigorífico de la habitación. Después los papeles se invertían. Casi nunca conseguían terminar el juego.

* * *

Pero por la noche había otro tormento.

Él no sabía bailar, no sabía jugar a las cartas ni a ningún otro juego. No sabía contar chistes y a duras penas lograba beberse un par de *whiskys*. Si rebasaba la dosis, le entraba dolor de cabeza.

—Mi osito —le decía Adele, abrazándolo con una sonrisa entre amorosa y compasiva.

El comportamiento de su mujer durante las vacaciones era irreprochable, siempre dueña de sí misma, incluso cuando bailaba. Y su belleza iluminaba la pista más que un reflector.

En la playa solía lucir trajes de baño de una pieza, raras veces biquinis, y

siempre más bien discretos. Y detestaba el *topless*, lo consideraba absolutamente inconveniente, y eso que tenía una delantera capaz de provocar taquicardias a todos los varones presentes. Jamás una falda por encima de la rodilla; era la ligereza del tejido lo que daba frescor, no su reducción a la mínima expresión. Y seguía poniéndose un vestido de tirantes para tomar el sol, cuando ya ninguna mujer los llevaba.

Claro que le hacían la corte, pero ella sabía mantenerlos a raya con graciosa elegancia.

Durante las vacaciones, él disfrutaba del beneficio de ser el único hombre al alcance de su mano. Y tenía también permiso para asistir a la ceremonia todas las mañanas, no sólo los domingos. Era una ceremonia abreviada, puesto que en el hotel sólo contaba con la mitad de las cosas que utilizaba en Palermo, aunque bien es cierto que la menor cantidad de cremas se veía compensada por la mayor entrega de la oficiante.

* * *

Estaba seguro de que durante las vacaciones ella había intentado engañarlo sólo una vez.

Habían ido a la isla de Gauguin con una amiga de Adele y su marido. Un día vieron entrar en el restaurante del hotel a un inglés cuarentón, alto, guapo, vestido con mucha elegancia, de aire soñador. No lo acompañaba ninguna mujer. Se mantenía apartado y llevaba siempre un cuaderno de notas, en el que de vez en cuando escribía algo. No se bañaba en la playa, por la mañana se iba a recorrer el interior de la isla. Se enteraron de que era un destacado poeta que estaba allí porque quería escribir una especie de biografía en verso del célebre pintor.

Cuando entraba en el restaurante, saludaba a todos y a nadie en particular con una levisísima inclinación de cabeza. Lo mismo hacía al salir. Jamás dirigía la palabra a nadie, pero no podía evitar mirar de vez en cuando a Adele, la cual, sin embargo, aunque percibiera su mirada, nunca levantaba los ojos del plato.

Cuatro días antes del final de las vacaciones, la amiga de Adele recibió una llamada: su madre no estaba bien y tenía que regresar a casa de inmediato. Se fue a la mañana siguiente con su marido.

Para Adele fue como una señal de vía libre. A la hora de comer, cuando el poeta posó los ojos en ella, levantó la vista del plato y le devolvió una larga mirada. Él, un tanto violento por el descaro de su mujer, fingió estar absorto en la lectura del menú.

Por la noche, cuando bajaron al restaurante, encontraron al inglés a punto de empezar el segundo plato. Entre él y Adele hubo otra larga mirada. Cuando terminó de comer, el inglés se levantó y, en lugar de salir para fumar en pipa como solía hacer, se acercó a su mesa y se presentó tendiéndoles la mano. Dijo

que se marchaba a la mañana siguiente y que quería despedirse. Él lo invitó a sentarse, pero el inglés declinó el ofrecimiento amablemente y se retiró.

Estaban esperando a que les sirvieran el segundo plato cuando Adele dijo:

—Ya no tengo apetito. Tú quédate aquí disfrutando tranquilamente; yo me voy a la habitación.

Y él le leyó en los ojos aquella determinación, fría y a la par ardiente, que tan bien conocía.

Para ella era una ocasión ideal, lejos de la mirada indiscreta de su amiga y su marido, con un momentáneo compañero de cama al que jamás tendría ocasión de volver a ver.

Tardó deliberadamente una hora en terminar de comer. Después se dirigió a su habitación con la certeza de que Adele no estaría, dominado por la curiosidad de saber qué pretexto encontraría más tarde para justificar su ausencia.

Sin embargo, la encontró en la cama, desnuda y con un deseo arrollador.

¿Sería posible que se hubiera equivocado?

A la mañana siguiente le preguntó al conserje si el inglés se había ido. Sí, por desgracia, el señor inglés se había ido. Y al decir «por desgracia» miró significativamente a un camarero veinteañero, un poco bajito pero con unos músculos de miedo, que estaba allí cerca con expresión afligida.

Pero entonces, si el inglés era homosexual, ¿por qué había mirado a Adele de una manera que la había inducido a un divertido equívoco? Quizá porque era poeta y a los poetas les gusta admirar la belleza.

* * *

Ligera llamada a la puerta con los nudillos.

Se sobresaltó. Se había extraviado en pos de sus recuerdos y le costó encontrar el camino hacia el presente.

—¿Sí?

—La comida está servida, señor.

Así había transcurrido su primera mañana de jubilado.

Para pasar el rato, aunque no tenía demasiado apetito, se lo comió todo con extrema lentitud. Lo asustaba pensar en los días venideros. ¿En qué podría emplearlos?

Veía el futuro como una especie de agujero negro, completamente vacío, que tendría que llenar de alguna manera para que no se lo tragara.

Debía empezar a organizarse, y enseguida.

Por ejemplo, ¿qué sentido tenía comer solo en aquel espacioso y resplandeciente comedor que parecía listo para una toma cinematográfica?

—Ernestina, si alguna vez tengo que comer o cenar solo, preparadme una mesita arriba, en el estudio.

—Como quiera el señor —dijo la sirvienta, sin alegría alguna, ya que eso significaba que tendría que subir cuatro o cinco veces la escalera que iba de la planta baja al piso de arriba.

A causa de los horarios de trabajo, jamás había podido adquirir la costumbre de la siesta. Algunos compañeros suyos conseguían echar una siestecita de diez minutos encerrándose bajo llave en sus despachos. Pero a él diez minutos no le habrían bastado.

En los primeros años de matrimonio, a veces los domingos se iban a la cama después de comer, pero no para dormir, claro.

¿Por qué no probarlo?

Fue al dormitorio, se desnudó y se acostó.

Pero enseguida comprendió que no conciliaría el sueño; no estaba acostumbrado. Aunque sería una buena manera de pasar el rato. Ése era el verdadero problema que resolver: cómo ocupar el tiempo. Un mes antes de jubilarse se había tropezado por casualidad con Filippo Condorelli, un antiguo compañero que ya llevaba más de un año jubilado.

—¿Cómo te las arreglas?

—Estupendamente bien.

—¿Qué haces todo el día?

—Mi mujer y yo no tenemos ni un momento libre.

—¿De verdad? ¿Y eso?

—Verás, es que mi hija Angela trabaja y su marido también, así que nos traen a sus dos hijos pequeños por la mañana y vuelven a recogerlos por la tarde. Son un encanto. Espera, que te los enseño.

Y sacó una fotografía del billettero mientras los ojos se le humedecían con orgullo de abuelo.

Como no se trasladara a Londres, él no tendría ningún nieto al que atender.

Pero de una cosa estaba seguro: no acabaría sentado en un banco del parque leyendo el periódico mientras su perro levantaba la pata junto a todos los árboles que encontrara.

* * *

Ni siquiera tenía la costumbre de leer. Adele sí.

En casa había dos bibliotecas.

La primera, muy grande y tradicional, estaba en el salón. Para llenarla, Adele había visitado primero varias librerías de viejo, eligiendo los volúmenes según el estado de la encuadernación, y así había llenado los dos estantes de arriba; después había pedido a la editorial Mondadori todos los libros de la colección Meridiani, que quedaban muy bien, y las obras completas de todos los autores de quienes había sido posible reunirlos. En una estantería aparte figuraban

las grandes obras, profusamente ilustradas, que el banco solía regalar a los clientes más importantes y que trataban desde los mosaicos de la catedral de Monreale hasta la pintura sobre cristal, de los paladines de Carlomagno — protagonistas del teatro de marionetas siciliano— a la decoración de los carritos sicilianos...

La segunda biblioteca estaba constituida por tres estantes en el vestidor de Adele. De vez en cuando, ella compraba un libro y lo leía concienzudamente. Al final emitía su veredicto, empleando una de tres fórmulas invariables: « Me ha gustado » . « No me ha gustado » . « No he entendido nada » .

Ah, sí, estaba también la biblioteca de su estudio, heredada con todos los libros junto con el escritorio. Jamás la había tocado. Años y años de la *Gazzetta Ufficiale* y voluminosos tomos de derecho.

Podría experimentar con la lectura, por qué no. No perdería nada. Quizá entre los libros de Adele encontrara alguno interesante. Excluyendo, por supuesto, los que a ella le habían gustado, porque se trataba de bobas novelas románticas; bastaba con ver el título o el diseño de la cubierta para saberlo.

Para confirmar los gustos de su mujer estaba la casi segura discusión nocturna para elegir qué película ver en la televisión. Ella sólo quería melodramas que contaran grandes y desesperados amores románticos, preferiblemente de época. A él, en cambio, tales películas le provocaban sueño. Le gustaban las policíacas ambientadas en la época actual, con interminables tiroteos y asesinatos cada cinco minutos. Le estaba permitido verlas tan sólo dos noches por semana; el resto, en la pequeña pantalla aparecían invariablemente miriñaques, puestas de sol en el mar, besos castísimos a la orilla de un lago...

Si durante una de las películas que le gustaban a él había una escena de sexo, Adele empezaba a murmurar, escandalizada: « No comprendo cómo esas actrices pueden dejarse... » . « Pero ¿es que no les da vergüenza? » . « ¡¿Lo están haciendo en serio?! » . « ¡Escenas así tendrían que estar prohibidas! » . A veces se levantaba exasperada: « Cuando termine esa escenita, me avisas. No lo soporto. Es indecente » . En ese momento los dos protagonistas podían estar haciendo una variación de lo que, en cuestión de poco rato, también harían ellos. Porque Adele no tenía ningún reparo en hacerlo; al contrario.

Pero las novelas y películas que prefería ¿le habían enseñado algo alguna vez? Él lo dudaba, puesto que aquellas historias hablaban, aunque fuese de manera a veces tosca o ingenua, de un sentimiento que jamás había existido en Adele. ¿Acaso no se lo había dicho ella misma al compararse con un desierto que era inútil regar? Claro que sólo se había referido al hecho de no poder tener hijos; pero la esterilidad no era exclusiva de su vientre.

Ella, en su totalidad, era estéril y seca.

Y ésa era la desagradable conclusión a la que él había llegado después de diez años de matrimonio.

Tendría que haberlo comprendido mucho antes, entre otras cosas porque ella no hacía nada por ocultar su naturaleza o por parecer distinta de lo que era.

—¿Cómo conociste a tu primer marido?

—Angelo era íntimo amigo de Pino.

—¿Y quién era Pino?

—Pino era mi novio.

—A ver si lo entiendo. ¿Pino fue tu primer novio?

—¿Estás de broma? Cuando conocí a Pino, yo ya tenía... déjame pensar... veintitrés años.

—Y si no recuerdo mal, empezaste a los quince.

—Sí. ¿No es la edad adecuada?

—Entonces, ¿ese Pino...?

—Me hice su novia oficialmente. Lo llevé a casa de los tíos, íbamos a casarnos cuando él se licenciara en medicina.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que me dejó por otra.

—¿Sufriste mucho?

—Bueno, verás, y yo había empezado a pensar.

—¿En qué?

—En nuestra futura vida en común. Tenía ciertas dudas.

—¿Acerca de qué?

—Pino era muy pesado y obsesivamente celoso.

—Pero ¿tú estabas enamorada de él?

—Por supuesto, pero no hasta el extremo de no ver lo pesado y posesivo que era.

—¿Cuánto duró ese noviazgo?

—Tres años. No lograba licenciarse. O no quería.

—¿Y Picco?

—Angelo ya lo había intentado mientras yo era la novia de su mejor amigo. Más de una vez. —Soltó una risita—. Cuando Pino me dejó, seguimos viéndonos.

—¿Te casaste porque lo querías?

Lo pensó un momento antes de contestar.

—Conseguía hacerse querer.

—Pero cuando ocurrió la desgracia, yo te vi muy afligida y trastornada.

Adele lo miró sorprendida.

—¡Pues claro! ¿Cómo no iba a estarlo? Cuando me llamaron a las ocho y media para decirme que Angelo había ingresado moribundo en el hospital...

—¿Quién te llamó?

Titubeó ligeramente.

—Pino.

—¿Tu exnovio?

—Sí. ¿Qué tiene de raro? Él trabajaba en las Urgencias del hospital y por eso...

—¿Fue la primera vez que te llamó después de la ruptura del noviazgo?

—No. Nos habíamos visto alguna vez.

—¿A espaldas de Angelo?

—Bueno, sí. No creo que se lo hubiera tomado muy bien. Mejor dejarlo estar y regresar a la conversación principal.

—Pero ¿el accidente no ocurrió de madrugada?

—¡Qué dices! Te informaron mal. Yo lo esperaba para cenar.

—¿Qué hiciste?

—Me cambié y fui corriendo al hospital.

—¿Lo encontraste todavía vivo?

—Sí. Le sostuve las manos unos minutos. A continuación se lo llevaron al quirófano y salió tres horas después, muerto. —Pausa—. ¡Pobrecito! —Otra pausa—. ¿Sabes una cosa? Me manché de sangre el borde de la manga. Me di cuenta a la mañana siguiente. Mandé lavarla, pero la mancha no desapareció del todo.

—¿Qué vestido es?

—El traje de chaqueta gris.

Fue como si le hubieran propinado un mazazo en la cabeza. Por un instante se le cortó la respiración.

—¿Te lo pusiste antes de salir corriendo hacia el hospital?

—Claro. No podía ir con lo que llevaba puesto.

Una noche se atrevió a hacerle una pregunta a propósito de ellos dos.

Hacía tiempo que quería planteársela, pero unas veces se le había escapado la ocasión y otras había temido la posible respuesta.

Ocurrió que Adele, comentando una película, dijo:

—La gente se casa por tantos motivos...

Él aprovechó la ocasión al vuelo.

—¿Y cuál fue el tuyo para casarte conmigo? —Utilizó un tono de guasa, pero estaba tenso y notó un sudor frío.

Ella lo pensó un momento.

—Tú fuiste un gran señor. Y sigues siéndolo —añadió, acariciándole suavemente la mejilla, como para cambiar de tema.

Aquella respuesta no aclaraba nada. Él no aceptó la invitación a cambiar de tema.

—Explicáte mejor.

—¿De veras quieres saberlo?

—Si te lo estoy preguntando...

—Pues muy bien. Sólo tres días después de la muerte de Angelo... imagínate, se me echaron encima como moscas sobre la miel. Todos afligidos por mi dolor, compasivos, apenados... Me estrechaban la mano para darme el pésame mientras con la otra intentaban tocarme el trasero.

—¿Quiénes?

—Todos. Hasta el empresario de las pompas fúnebres cuando vino a presentarme la cuenta.

—¿Lo dices en serio?

—No bromeo y no me estoy inventando nada. El entierro costaba un dineral y él me propuso un descuento del cincuenta por ciento si aceptaba su invitación a cenar.

—¡No puedo creerlo!

—Eres muy libre de no creerlo. La viudita que acaba de perder al marido después de ocho meses de matrimonio, ¡el apetito que debe de tener! ¡Pobrecita! ¡Debe de pasarse las noches jadeando! ¡Bastará alargar la mano para que se deje coger! Además, es una acción caritativa. ¡Cerdos asquerosos! ¡Tu

presidente también, que conste!

Él se quedó estupefacto.

—¿Bernocchi?

—Bernocchi, tan comprensivo, tan paternal... « Querida, ¿por qué no va a descansar a una casita aislada que tengo en Capo d'Orlando? Nadie se enteraría, nadie la molestaría. Podría reunirme con usted el fin de semana para hacerle un poco de compañía... » . ¡Menudo gusano repulsivo!

Él seguía escéptico.

—¿No es posible que te equivocaras? ¿Que te estuviera proponiendo sinceramente...?

—¡Anda ya! Si hasta me contó que estaba ejerciendo presión sobre ti para que me concedieras una triple liquidación que no me correspondía. Y cuando tú me la diste, ¡se presentó corriendo en mi casa para cobrar el agradecimiento! Pago al contado...

—¿Y tú?

—Le dije en la cara que como hombre no me gustaba y que podía quedarse con el dinero.

—¿Era demasiado viejo y te impresionaba?

—¿Por qué tendrían que impresionarme los viejos? No; era él, que no me gustaba. Tú lo conocías mejor que yo. En primer lugar, leapestaba el aliento. Y le sudaban las manos. Además, hablaba y se movía como un hombre de iglesia. Irme a la cama con él me habría parecido como acostarme con un cardenal. No, no me gustaba nada.

—¿Y si te hubiera gustado?

—Si me hubiera gustado... pues no lo sé. ¡Qué preguntas tan tontas haces! En cualquier caso, aquellos días yo estaba muy trastornada, confusa. Y desanimada. Puedes creerme: no hubo ni uno que no lo intentara.

—Creía que a las mujeres os gustan las atenciones masculinas.

—Pero ¡aquello no eran atenciones! Y a mí me ofendían profundamente. Todos tenían una finalidad concreta, sólo pensaban en eso... No; he dicho mal, no todos. Hubo una excepción. Tú.

—Tú me habías impactado, y mucho.

—Eso lo comprendí enseguida. Pero supiste consolarme sin pedir nada a cambio. Sin embargo, yo te gustaba, vaya si te gustaba, te lo leía en los ojos.

¿Y sólo por eso le había dado el sí en cuanto le propuso matrimonio? ¿Porque había sabido consolarla? ¿O porque ella había comprendido que también podría ofrecerle muchas comodidades? En cualquier caso, estaba situado un peldaño por debajo de Angelo. Éste por lo menos había conseguido hacerse querer. Una frase que Adele no había utilizado para referirse a él. En los primeros tiempos, se había hecho la ilusión de que la pasión con que ella se le entregaba era una manera de expresar el amor que sentía por él. Que no sabía decirlo con palabras sino con el

cuerpo.

Poco a poco se dio cuenta de que el cuerpo de Adele reaccionaba con independencia de cualquier sentimiento; era una máquina perfecta que se ponía en marcha en cuanto se pulsaba la tecla adecuada, y ya no dejaba de funcionar.

Y jamás en el transcurso de aquellas noches —reparó en ello mucho después—, ni siquiera en el momento en que se entregaba por entero, no a él sino a sí misma —eso también lo comprendió mucho después—, había brotado de su boca la palabra « amor » .

Eso sí: « tesoro », « cielo » y « vida », todos los que quisiera.

Llamaron ligeramente a la puerta con los nudillos.

—Sí.

—Está al teléfono el señor Ardizzone. ¿Qué le digo? —preguntó Giovanni.

—Voy enseguida —contestó levantándose.

El viejo Ardizzone, tras ser condenado por asociación con la mafia, se había retirado oficialmente de los negocios, que habían pasado a su hijo Mario. Pero era bien sabido que detrás de todas las iniciativas de Mario estaba siempre su padre. ¿Qué podían querer de él?

—*Commendatore*, soy Mario Ardizzone. ¿Cómo está?

—Bien.

—Perdone que lo moleste, pero necesito hablar con usted.

—Dígame.

—¿Podría ir a verlo dentro de una hora?

O sea, que no era una cosa que se pudiera tratar por teléfono. La verdad es que no había ninguna razón para aplazarlo.

—Faltaría más. ¿Sabe mi dirección?

—Lo sé todo, no se preocupe.

Cualquier cosa que tuviera que decirle lo ayudaría a pasar por lo menos una hora.

Apenas había colgado cuando el teléfono volvió a sonar. Era Adele.

—Perdona, pero esta mañana he olvidado decírtelo. Estaba muy atareada. Quería avisarte de que ahora mismo van a llevar a casa un televisor con su correspondiente mesita.

—¿Has cambiado el viejo?

—El viejo funciona muy bien; todavía no es hora de cambiarlo. Este nuevo lo he comprado para ti. Diles que te lo coloquen en el dormitorio o en el estudio, donde prefieras.

—Pero ¡si no lo necesito!

—Puede serte útil.

—¡Si ya está el de abajo!

—Mira, el otro día decidimos que las reuniones de la asociación se celebrarán siempre en casa. Por eso el salón estará ocupado a menudo por la noche. Con el

televisor nuevo podrás ver tranquilamente tus programas. Adiós, cariño.

Pero ¡qué detalle por su parte!

De esa manera, su lugar en el sofá podría ocuparlo Daniele.

Llamaron a la puerta.

—*Dottore*, aquí hay uno con un televisor que dice la señora que hay que poner...

—Sí, aquí en el estudio, junto a la ventana. Pero que se dé prisa, que espero una visita.

Fue al dormitorio, y cuando regresó al estudio tres cuartos de hora después, el instalador acababa de terminar.

Era un aparato bastante grande, con todos los canales y satélites. Mientras el hombre le explicaba el funcionamiento del mando a distancia, Giovanni entró para anunciar la llegada de Mario Ardizzone.

—Usted sabrá sin duda que, a pesar de la persecución judicial que hemos sufrido, nuestras actividades se han ampliado considerablemente en estos últimos tiempos.

Pues claro que lo sabía. En el banco era él quien se encargaba del expediente Ardizzone.

Además de la empresa de importación y exportación, ahora los Ardizzone tenían una fábrica de delicados ingenios espaciales, unos pequeños astilleros de lanchas motoras y una sociedad propietaria de una clínica.

Desde que el viejo Ardizzone hubo de ceder el paso a su hijo, las cosas habían cambiado.

A Mario, que había estudiado en Inglaterra, le gustaba correr riesgos. Y hasta entonces nunca había fallado ningún golpe. Era un cuarentón agradable, pulcro y elegante. Mientras que a su padre le gustaba expresarse por medio de metáforas, alegorías, frases laberínticas y alusiones, Mario utilizaba un lenguaje sencillo y directo.

—Se me ha presentado la posibilidad de adquirir el cien por cien de la vieja Prontocontanti. ¿La conoce usted?

—¿La de Bertorelli?

—Sí. Él ha muerto y lo ha sucedido un sobrino que está llevando la empresa a la ruina. La viuda parece dispuesta a venderlo todo.

Era la sociedad financiera más antigua de la ciudad y tenía una amplia clientela. Concedía préstamos limitados a empleados sobre la cesión de una quinta parte de su salario. Cuando no se trataba de gente con sueldo fijo, pedía otras garantías, pero siempre sabiendo por dónde moverse y respetando los límites legales. Y no se apresuraba en desplumar al pobrecillo que no podía pagar.

—Y también se me ha presentado otra oportunidad.

—¿Cuál?

—Adquirir la Fides, que hace unos años fue objeto de una...

—Investigación.

Los investigadores estaban convencidos de que detrás de la Fides estaba la mafia, que la utilizaba para practicar la usura. No habían obtenido ninguna prueba, pero ahora la Fides se hallaba bajo vigilancia y se decía que actuaba con riesgo.

—Mi plan sería adquirir las dos sociedades y realizar una fusión. ¿A usted qué le parece?

—Bueno, en general, trabajando con prudencia y habilidad, podría funcionar.

—Había comprendido la intención de los Ardizzone: difuminar la mala fama de la Fides mezclándola con la buena de la Prontocontanti.

—Hoy en día toda Italia vive a base de préstamos y letras y, por consiguiente, sería un buen negocio. Pero no le oculto que se nos plantea un importante problema.

—¿Cuál?

—Nos falta la persona adecuada para llevar a cabo la fusión y después dirigir la nueva sociedad financiera. Se necesita, tal como usted ha dicho, prudencia y habilidad, pero también mucha pero que mucha experiencia.

—Si me da veinticuatro horas, podría facilitarle algunos nombres.

Por primera vez, Mario Ardizzone sonrió.

—Pero es que ya tengo el nombre.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es?

—Usted.

No se lo esperaba; se quedó de una pieza.

—¿Yo?!

—Usted. Sería la persona adecuada para el puesto adecuado. Hace un mes se lo comenté a papá y se mostró entusiasmado. Y he caído sobre usted como un halcón el primer día que ya no trabaja en el banco.

Él se sintió un poco aturdido.

—Deje que lo piense.

Ardizzone hizo una mueca.

—Ahí está lo malo. Verá, respecto a la Fides, por razones que sería largo explicar, estoy obligado a dar una respuesta, positiva o negativa, no más allá de las cinco de la tarde de mañana. Comprenderá que tengo cierta urgencia.

—Pero ¿por qué quiere ligar su respuesta a mi decisión?

—Porque, se lo digo con toda sinceridad, si usted no acepta, no creo que yo lleve a feliz término el negocio. Como ve, juego con las cartas sobre la mesa. Tiene toda la noche para pensarlo, y dicen que la noche es buena consejera.

—De acuerdo.

—Gracias. Entonces lo llamaré mañana hacia el mediodía. Piénselo bien, se lo ruego. Le estoy haciendo una propuesta muy seria. —Se levantó y le tendió la

mano—. Y salude a Adele de mi parte.

Eso tampoco se lo esperaba, francamente.

—¿Usted... conoce a mi mujer?

Segunda sonrisita.

—Desde hace mucho tiempo. Formo parte de la sociedad que gestiona el equipo de fútbol, de la cual Adele es vicepresidenta. Precisamente ella ha sido el desencadenante.

—¿En qué sentido?

—Bueno, me contó que usted estaba a punto de jubilarse... y a mí se me ocurrió una idea. Al cabo de unos días hablé con Adele de mi intención, aunque sin entrar en detalles. Le expuse en términos generales que usted podría encontrar un puesto adecuado con nosotros. Me contestó que estaría encantada, y esta mañana me ha telefonado para decirme que, a partir de hoy, usted ya no depende del banco. No he querido, ni podido, esperar más para plantearle el proyecto, y a que mañana tengo que dar esa respuesta.

* * *

¡Bien por Adele!

Evidentemente asustada ante la idea de tenerlo todo el santo día en casa — porque estaba claro que él acabaría husmeando aquí y allá, rebasando los confines del recinto en que ella quería tenerlo recluido—, se había encargado de buscarle un trabajo que lo mantuviera ocupado fuera de casa, como cuando iba al banco.

El televisor, en caso de que no aceptara la propuesta de Ardizzone, era una clara invitación a quedarse todo el tiempo posible en su sitio, sin hacer incursiones en el campo contrario.

Pensó decirle que no a Ardizzone para desbaratar la estrategia de Adele.

Pero ¿le convenía hacerlo?

El trabajo que le proponía no sólo era de su específica competencia, sino que le ahorra el seguro y próximo horror de las jornadas vacías, un horror cuyos síntomas había advertido en las pocas horas que había pasado recorriendo la casa sin saber qué hacer.

Además, había una cosa que jugaba a favor de una respuesta positiva: Adele y Mario no eran, y no habían sido, amantes.

Casi con toda certeza Mario lo habría intentado, pero Adele, por lo que él sabía, no se relacionaba con hombres que frecuentaran su ambiente. Habría sido demasiado peligroso, habría bastado una alusión, una media palabra, para desencadenar el cotilleo.

El pivot negro iba bien; la joven promesa de la arquitectura, mejor, porque para sus encuentros tenían una excusa perfecta; y el joven Daniele era el ideal.

Y los otros, ponía la mano en el fuego, eran gente extraña, de otras parroquias.

Decidió aceptar. Pero antes...

Aquella noche, en la mesa también estaba Daniele.

—No sabía que conocieras a Mario Ardizzone —empezó él, dirigiéndose a Adele.

—Desde hace bastante tiempo.

—Hoy ha venido a verme.

—Ah, ¿sí? —Y no preguntó por qué.

Estaba claro que no quería resbalar; ignoraba si Ardizzone le había revelado o no que detrás de esa maniobra tan bien urdida estaba ella.

—Te envía saludos —añadió.

Ella siguió sin decir nada.

—Me ha propuesto un trabajo.

Adele no podía reaccionar de ninguna manera. Si hubiera mostrado asombro, él habría podido preguntarle por qué se sorprendía, si era ella quien había puesto en marcha el mecanismo. Fue habilísima: se limitó a mirarlo con ojos inexpresivos.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que lo pensaré.

Captó la rápida mirada que Adele intercambió con Daniele. O sea ¡que habían hablado de ello! Sin embargo, su mujer no se contuvo.

—Pero ya te has hecho una idea, ¿verdad? —preguntó.

Suspiraban por quitárselo de encima.

—Todavía no. —A ver si se asaban un poco más en la parrilla—. ¿Sabes, Adele? Ya me estaba mentalizando.

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué? Pues de ejercer de jubilado, ¿no? La perspectiva de quedarme todo el día aquí dentro, cosa que antes, cuando trabajaba en el banco, me aterrorizaba, esta mañana ya no me ha parecido tan trágica. Qué va, ni mucho menos. Además, podría encontrar un trabajo para hacer en casa.

La mirada que esta vez intercambiaron aquellos dos fue de verdadera inquietud.

Hacia las dos de la madrugada apagó el televisor del estudio, pero en lugar de ir a acostarse, cogió la llave de la puerta de comunicación y se dirigió al fondo del pasillo. La llave no entró en la cerradura. Adele había dejado puesta la suya, girándola de tal manera que no pudiera caer al suelo. Entonces fue por las otras llaves, abrió la puerta de atrás, bajó la escalera, rodeó la casa, entró por la puerta principal y subió la escalera interior. Al llegar al descansillo, giró a la izquierda y se encontró en el pasillo del apartamento de Adele, iluminado por la consabida lamparita nocturna.

La puerta de Daniele estaba abierta. La cama intacta demostraba que a

aquellas alturas era habitual que el chico durmiese con Adele.

En cambio, la puerta del dormitorio matrimonial estaba cerrada. Pegó la oreja. A diferencia de la otra vez, los oyó hablando en voz baja. Discutían; se comprendía por el tono, aunque las palabras sólo le llegaran a intervalos.

Ella: ...ya verás como lo convenzo...

Él: ...porque si no acepta, yo...

Ella: ...no seas tonto.

Él: ...no. Yo me voy.

Daniele se estaba levantando de la cama.

Echó a correr, bajó la escalera precipitadamente, salió y volvió a entrar por la escalera de atrás. Llegó a su habitación sin aliento pero satisfecho: había conseguido estropearles la noche.

La alegría se le pasó cuando fue al cuarto de baño. Sintió un ardor que lo obligó a doblarse por la mitad. Así no podía seguir.

A la mañana siguiente, lo primero que tenía que hacer era llamar a Carmelo Caruana.

Había conocido a Caruana en la universidad y, a pesar de que pertenecían a facultades distintas, se habían hecho bastante amigos, a tal punto que pasaron un año compartiendo una habitación de alquiler.

Después, durante años, se perdieron totalmente de vista hasta reencontrarse, ya maduros: Caruana, urólogo de fama internacional y docente universitario; y él, alto directivo del banco con quien el profesor mantenía frecuente trato.

Porque Caruana, con todo el dinero que había ganado, era muy aficionado a especular y ganar, y él había tenido ocasión de darle algún buen consejo.

Lo telefoneó a su casa. « Si me necesitas, llámame a este número que te he escrito aquí, pero antes de las ocho de la mañana como máximo. Después salgo y es difícil localizarme », le había dicho una vez, entregándole un papelito.

Le contestó una amable voz femenina, seguramente su esposa, la cual le dijo que esperara, que a lo mejor el profesor ya había salido, pero Caruana dio señales de vida resollando.

—Me has pillado justo delante del ascensor. Me voy corriendo. ¿Qué te pasa? Él le explicó lo que le ocurría.

—¿Desde cuándo tienes ese problema?

—Desde hace cosa de un mes.

—Pues has perdido tiempo. ¿Has desayunado?

—Nunca desayuno. Sólo tomo un café.

—¿Y te lo has tomado?

—Sí.

—Pues entonces hoy no podemos hacer nada. Compra en la farmacia un frasco apropiado, y mañana por la mañana, totalmente en ayunas, recoge un poco de orina y después llevas el frasco al laboratorio Gerratana, que son buenos y rápidos. Y ya que estás, que te hagan un análisis de sangre. Quiero el hemograma completo más las plaquetas. Ah, y también quiero el PSA, el antígeno específico de la próstata, total y libre. ¿Está claro? ¿Te acordarás?

—Sí. Ahora lo apunto. ¿Y después?

—En cuanto te den los resultados, me llamas.

Se puso la corbata y salió sin decir nada a nadie. Total, no esperaba ni visitas ni llamadas. Por la calle ya se veía gente vestida como si fuera pleno verano. Y

en efecto, el grueso traje le dio calor enseguida. La farmacia no estaba muy cerca. A paso normal tardaría más de media hora, pero no cogió el autobús; le apetecía caminar.

Llegó a la farmacia empapado de sudor. Aparte de que el traje ya no era de temporada, también le pesaba la falta de ejercicio; hacía años que no daba un paseo tan largo. Tuvo que hacer cola. Había personas, sobre todo mayores, que se iban con una bolsa de plástico como de supermercado, llena a rebosar de medicamentos. Claro, no los pagaban ellos sino el Estado.

Compró dos frascos. Nada más salir de la farmacia, de pronto se sintió demasiado cansado y decidió recuperar fuerzas antes de volver andando a casa.

Vio un bar con unas mesitas en la acera y fue a sentarse allí. El camarero se acercó presuroso. Pidió un café.

El cansancio, en lugar de remitir, parecía aumentar minuto a minuto y subirle por las piernas a todo el cuerpo. Muchos años atrás, cuando todavía era un muchacho, había caído enfermo de hepatitis. Pues ahora se sentía como aquellos primeros días de convalecencia. La misma languidez, la misma sensación de ir a la deriva. Hasta los brazos se le estaban aflojando.

Empezó a preocuparse; jamás le había ocurrido. ¿Sería posible que un paseo de media hora lo dejara reducido a ese estado de piltrafa? ¡Ni que tuviera ochenta años!

Aunque la mesita estaba a la sombra, él seguía sudando.

Se pasó el pañuelo por la cara, pero no experimentó el menor alivio.

Y de pronto la placita empezó a darle vueltas a creciente velocidad, hasta que ya no consiguió distinguir nada: hombres, casas, coches, todo se había convertido en una especie de pozo grisáceo en cuyo interior se hundió profundamente durante unos segundos.

Emergió, no supo cuánto rato después, respirando afanosamente, empapado de un sudor gélido.

Delante de él había una chica de unos dieciocho años, graciosa, con vaqueros, camiseta y ombigo al aire, mirándolo preocupada.

—¿Se encuentra mal?

—No, gracias; sólo estoy un poco cansado.

—Si necesita...

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Quédese tranquila, gracias. La chica se alejó, no sin lanzarle un par de miradas por encima del hombro.

Cuando el camarero se dignó por fin servirle el café, tuvo que emplear ambas manos para acercarse la taza a la boca. El café le hizo efecto de inmediato.

Pagó, se levantó con unas piernas que todavía le temblaban, se acercó al

borde de la acera y, en cuanto vio un taxi, alzó el brazo.

Cuando oyó la dirección, el taxista murmuró:

—Pero ¡si eso está aquí mismo!

Le pagó el doble de la carrera. Al entrar en su apartamento, corrió al cuarto de baño, se desnudó y se refrescó. Después se tumbó en la cama, pensando en la jovencita del bar. ¿Él habría hecho lo mismo a los dieciocho años? A los dieciocho puede que sí; a los treinta y seis, no. Y a los treinta y seis, ¿aquella misma joven se detendría? ¿Y Adele? ¿Habría sido capaz de hacerlo? Adele ni a los dieciocho, concluyó entre amargado y divertido. Pero ¿qué significaba aquel malestar? A lo mejor había una explicación y no se trataba de una enfermedad.

Todos los años, los dos primeros días de vacaciones experimentaba un fuerte dolor de cabeza y un gran cansancio. Su cuerpo sufría los efectos del brusco cambio de ritmo —nada de horarios obligados, nada de discusiones y negociaciones, nada de repentinos sonidos de teléfono, nada de tensiones—, y aquellos dos días de malestar eran, por tanto, una especie de cámara de descompresión.

Pero ahora su cuerpo sabía que el cambio de ritmo no duraría un solo mes, sino años y años, mientras viviera, y había reaccionado a su manera. Quizá, en los días sucesivos, aquel malestar se repetiría unas cuantas veces hasta desaparecer del todo, en cuanto su cuerpo se adaptara.

Al cabo de una hora se sintió de nuevo normal.

Se dirigió al estudio y, antes de ponerse a leer los periódicos, llamó a Giovanni por el interfono.

—Prepáreme un traje más ligero. Por la tarde tengo que salir.

A las doce menos cuarto sonó el teléfono. Era Mario Ardizzone.

—Bueno pues, ¿lo ha decidido?

—En general, sí.

Ardizzone guardó silencio.

—No, no estamos de acuerdo —dijo al fin.

—¿Por qué?

—Me parece haber sido extremadamente claro con usted. Si no es de los nuestros, yo no hago ese negocio. No puede dejarme así, en la duda.

—¿Qué duda, perdone?

—Si usted me dice que está de acuerdo en general, en mi pueblo significa que no lo está del todo y que, por tanto, después de que yo me exponga con los de la Fides, en determinado momento usted puede echarse atrás. No. Necesito un sí o un no en firme, ahora mismo. Procure comprender mi situación.

—Escuche. ¿A qué hora tiene que dar su respuesta a la Fides? A las cinco, ¿no?

—Sí.

—Bien. No se lo tome a mal, pero ¿podría hablar primero con su padre?

—Si es una cuestión de sueldo, papá y yo estamos de acuerdo en que será

usted mismo quien establezca la cifra.

—No es una cuestión de sueldo.

—He de advertirle que papá, oficialmente...

—Lo sé, pero es que yo no quiero hablar con él oficialmente.

Mario hizo una pausa.

—Comprendo. Lo llamo enseguida —dijo al fin, un poco ofendido.

Y al cabo de cinco minutos:

—Papá lo espera en su casa a las cuatro en punto. ¿Será una cuestión breve?

—Sí.

—¿Sabe dónde vive?

—Ya estuve una vez allí.

—Después de hablar con papá, ¿será tan amable de darme una respuesta firme?

—Naturalmente.

En la mesa sólo estaban él y Adele. Daniele se había quedado en el comedor universitario.

Observó que ella tenía ojeras. La pelea de la víspera debía de haber durado mucho y quizá había terminado con unas paces de intensidad y duración equivalentes, si no superiores.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

Se quedó estupefacto, pues su mujer se le había adelantado; ésa era precisamente la pregunta que él estaba a punto de hacerle.

—Nada. ¿Por qué?

—Estás muy pálido.

—Estoy bien. —Ni siquiera le pasó por la cabeza decirle que se había mareado.

De primero había pasta con atún, que le encantaba. Pero se notaba la boca del estómago encogida, no tenía apetito. Ya hacía varios meses que debía hacer un esfuerzo para comer. Sin embargo, esta vez fue peor, porque el olor del atún le provocó cierto mareo. Seguro que era una consecuencia del vahído sufrido por la mañana.

No obstante, para evitar las molestas preguntas de Adele consiguió comerse medio plato.

—¿Has hablado con Ardizzone esta mañana?

Ella también tenía prisa por saber.

—Pues sí.

—¿Qué has decidido?

—Antes de decidir, quiero hablar con su padre.

—¿Vas tú o viene él?

—Voy yo a su casa, a las cuatro.

Una pausa.

—¿Vive lejos?—preguntó ella.

Aquí te esperaba, guapa.

—Bastante. Su chalet se encuentra tomando una travesía de la carretera de Catania, donde está el motel Regina. —Y la miró significativamente.

A cambio, recibió una firme y clara mirada por parte de ella. « Si siempre lo has sabido, ¿por qué nunca lo has mencionado? ¿Por qué lo has aguantado? ¿Te ha faltado valor para reaccionar?», parecía preguntarle mientras lo miraba fijamente, pero sin desprecio ni desafío.

Por eso quien primero bajó los ojos fue él.

* * *

—Pero ¿qué hace? ¿Está rejuveneciendo? ¿Sabe que lo encuentro más delgado que la última vez? ¿Lo han puesto a régimen?

—Todavía no.

—A mí sí, por desgracia —dijo el *commendatore* Ardizzone, invitándolo a sentarse en una cómoda butaca del salón.

En cambio, el *commendatore* sí que había envejecido. Claro que unos cuantos años en la cárcel, sobre todo a cierta edad, no son buenos para la salud. Pero sus ojos, que eran como los de un árabe, seguían siendo inteligentes, preparados para absorber los más ocultos pensamientos de quien tuviera delante.

—Mi hijo me ha dicho que usted quiere hablar conmigo y yo estoy aquí para escucharlo. Pero antes deseo decirle que Mario me ha puesto en evidencia.

—¿Por qué?

—Porque la idea de invitarlo a trabajar con nosotros tendría que haberseme ocurrido a mí y no a él. Y ahora, usted dirá.

—Se trata de unas cuestiones delicadas de las que quisiera hablar con franqueza.

—Yo seré franco con usted.

—En el banco siempre hemos sabido que detrás de la Fides está Giuseppe Torricella. ¿Es así?

Torricella era un capo de la vieja mafia que había sabido mantenerse a flote incluso durante la guerra desencadenada por los corleoneses.

—Era así —lo corrigió Ardizzone.

—¿Ahora ya no?

—No.

—*Commendatore*, hablemos claro. Usted, a través de su hijo Mario, está a punto de adquirir la Fides, además de la Prontocontanti. Ahora dígame, de hombre a hombre: ¿puedo estar seguro de que Torricella se mantendrá al margen, en todos los sentidos, de la partida?

Los ojos de Ardizzone se convirtieron en dos rendijas.

—Entiendo lo que me está preguntando. Y le contesto que yo no soy como don Filippo Careca. ¿Conoce usted su historia? ¿No? Pues se la cuento. En determinado momento, don Filippo Careca ya no fue capaz de follar con su esposa, una jovencita. Cosas que le ocurren a quien se casa con una mujer treinta años más joven. ¿Y sabe qué hizo entonces? Pagarle a un chaval para que se la follara en su lugar mientras él los miraba. Pero yo siempre le he prestado ese servicio a mi mujer; nunca he follado por persona interpuesta. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Por otra parte, para hacer la fusión, usted tendrá a su disposición todos los papeles, y así podrá comprobar si...

—*Commendatore*, a mí, más que los papeles, me interesa lo que usted tiene que decirme directamente de palabra.

—Y yo le he dicho lo que tenía que decir. ¿Más preguntas?

—Sí. Una. Los excedentes.

—No entiendo.

—Cuando se produzca la fusión entre la Prontocontanti y la Fides, es inevitable que se detecte un excedente de personal.

—¿Y qué? Usted, a los que sobren, los echa.

—No es tan fácil como parece.

—¿Se refiere a los sindicatos?

—No.

—Pues entonces explíquese.

—Algunos empleados de la Fides fueron colocados personalmente por Torricella.

—Comprendo. ¿Teme que, si despide a alguno, Torricella se lo tome a mal?

—No temo nada, *commendatore*. Sólo quisiera oírle decir que tengo las manos libres.

—Y las tiene. Pero hay que actuar con sensatez.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que debe saber distinguir. Le pondré un ejemplo.

¿Se estaba equivocando o acababa de vislumbrar una imperceptible sonrisa bajo el bigote blanco de Ardizzone?

—Pongamos el caso de una mujer casada que engaña a su marido. ¿Podemos calificarla de puta? No; la puta es otra cosa. Y si el marido se entera y no la echa de casa es porque conoce las razones por las que su mujer le pone los cuernos.

Se quedó helado. La alusión a él y Adele era evidente. Y al contar la historia de Careca, el viejo Ardizzone había querido relacionarla con su situación privada. Lo único que podía hacer era fingir que no iba con él. Consiguió dominarse y continuar.

—¿Usted me está diciendo que alguien contratado por indicación de Torricella

no es necesariamente un mafioso?

—Lo ha comprendido muy bien. Pero le repito que sus manos están libres. Tiene mi palabra. Le diré más: si tropieza con alguna dificultad, hágamelo saber de inmediato. ¿Algo más?

—No.

—Entonces, ¿puedo llamar a Mario para decirle que acepta?

—Sí.

—Sabía decisión. Y ahora puedo decirle que no debe temer nada de Torricella. Antes de que se empiece a hablar de los excedentes, pasará tiempo, ¿verdad?

—Por lo menos un año.

—¿Un año?! ¿Y usted me viene a hablar de Torricella? ¡No me haga reír!

—¿Por qué?

—¡Pues porque un año es mucho tiempo! ¿Conseguirá Torricella vivir un año más?

—¿Está enfermo?

—No. Pero ¿quién sabe lo que puede ocurrirnos mañana? Todos estamos en las manos del Señor. Aunque uno rebose de salud, de pronto pasa un camión y lo atropella.

En cuanto salió del chalet y subió al coche, se arrepintió de haber aceptado.

El viejo Ardizzone lo había tranquilizado, dándole todas las seguridades que había querido además de su palabra. Pero a él seguía oliéndole a chamusquina.

Bueno, de acuerdo. Ardizzone le había dicho con claridad que en ningún caso actuaría de testaferro de Torricella.

Pero, aun admitiendo que Torricella quisiera desprenderse de la Fides, él jamás conseguiría saber en qué condiciones lo había hecho, cuáles habían sido los pactos secretos entre Ardizzone y el mafioso.

Y tampoco se podía descartar que Ardizzone, para seguir desarrollando sus actividades tranquilamente, se hubiera visto obligado a comprar la Fides a instancias del propio Torricella. Y que la adquisición de la Prontocontanti se les hubiera ocurrido con posterioridad a los Ardizzone para que la cosa resultara menos evidente.

Sí, tenía que ser eso.

La Prontocontanti otorgaría una fachada de honradez a la Fides, y él... él otorgaría una fachada de respetabilidad a toda la operación.

Por eso tenían tanto empeño en contratarlo.

Pero había una manera de salir airoso: firmar un contrato inicial limitado a un año. A él le bastaría ese plazo para darse cuenta de cómo iban verdaderamente las cosas. Si el negocio era limpio, se quedaría; en caso contrario, al término del contrato nadie podría impedirle que se marchara.

Un momento.

Había un aspecto de las palabras de Ardizzone que había que examinar con mucha atención.

Dejando a un lado que el viejo era un grandísimo canalla, ¿había otra razón para revelarle que estaba al corriente de su situación con Adele, aparte de la malvada satisfacción de decírselo a la cara?

Quizá sí.

Quizá aquellas palabras ocultaban una amenaza concreta: si no haces lo que te digo que hagas, puedo arruinarte en cualquier momento, contándole a todo el mundo cómo se comporta contigo tu mujer y cómo te comportas tú con ella. Si quiero, te hundo.

Quizá estaba en posesión de alguna fotografía comprometedor de Adele. No; en cuanto hubiera firmado, no sería fácil irse.

Lo sobresaltó el violento sonido de un claxon. Sin darse cuenta, había frenado de golpe.

Justo delante del motel Regina.

Apenas había tráfico. Por eso tuvo todo el tiempo del mundo para girar a la izquierda cómodamente y detenerse en la explanada que había frente a la entrada del motel.

Bajó y entró.

—¿Qué desea? —le preguntó el conserje, sentado delante de la consabida colmena de casillas numeradas y con un periódico deportivo abierto sobre el mostrador, mientras se hurgaba cuidadosamente la fosa nasal derecha.

Él advirtió que, exceptuando dos, en las casillas no colgaban llaves. Por consiguiente, en aquel momento el motel debía de estar casi completo.

Pero en la entrada, aparte del conserje, no había ni un alma y no se oía el menor ruido, ninguna voz; parecía absolutamente vacío.

—Un café, por favor.

—Se lo mando preparar enseguida —dijo el conserje, pulsando un timbre.

Menos mal que se lo prepararía otra persona. Tuvo la tenue esperanza de que el barman llevase las manos limpias.

El vestíbulo no era grande. Cabían un sofá y dos butacas de polipiel, el mostrador del conserje y, al fondo, una barra de bar con la típica exposición de botellas en los estantes de la pared.

Por un arco situado a la derecha se accedía a un pasillo al que daban las habitaciones de la planta baja, y a la izquierda había una escalera que conducía a las del piso de arriba. El ambiente no era tan sucio como había imaginado, pero sí desaseado y de una dejadez desalentadora.

Por una puertecita situada detrás de la barra del bar salió un hombre desaliñado.

—Hazle un café al señor —le dijo el conserje.

A pesar de que solamente lo había visto dos veces y varios años atrás, lo reconoció: era el mismo que había quitado de la vista el coche de Adele. Debía de ser una especie de factótum, mozo, guardacoches, barman.

En las paredes había unas cuantas fotografías enmarcadas.

Se acercó para examinarlas. Una cantante de categoría media, un presentador de una emisora de televisión local, un jugador de fútbol, un cómico y el pívot que sin duda había sido amante de Adele. En cada fotografía había una

entusiasta dedicatoria al motel. El pivot había firmado sólo con su nombre, Geoffrey, porque así era conocido como jugador.

El café estaba como para escupírselo a la cara a quien lo había preparado.

—¿Geoffrey era cliente vuestro? —le preguntó al barman. Y para evitar sospechas o que el hombre lo tomara por policía o inspector de hacienda, sonrió como quien disfruta de un grato recuerdo y añadió—: ¡Qué jugador tan estupendo! ¡No había otro como él! ¿Era cliente vuestro?

—Cuando estaba con nuestro equipo, a menudo venía a pasar una tarde aquí. Y a veces también se quedaba una noche.

—Pero ¿no se alojaba en el hotel Des Palmes?

—Sí, pero era aquí adonde venía a, ¿cómo diría?, a descansar —fue la respuesta acompañada de una sonrisa.

Él fingió no haber comprendido.

—¿Por qué? ¿Acaso no descansaba en su hotel?

—¿Sabe que al pobrecillo siempre lo asaltaban los admiradores? No podía dar dos pasos tranquilo. Aquí por lo menos nadie le tocaba los cojones.

—Yo era uno de éstos.

—¿De quiénes?

—De los que, como usted dice, le tocaban los cojones.

—¿De veras? Pues no lo parece.

—Vaya si lo era. No me perdía ni un partido. Lo seguía incluso en mis viajes de trabajo. No se lo va a creer, pero en casa tengo un álbum de fotografías tuyas. E incluso la camiseta que llevaba en aquel famoso partido... —No sabía cómo seguir, y se quedó a medias como pillado por una idea repentina—. Tengo una curiosidad: cuando venía aquí, ¿pedía siempre la misma habitación?

—Sí, pero no él. Era su... su acompañante, que siempre quería la misma por el cuarto de baño, por lo visto. Para estar segura, la reservaba.

Estaba actuando de maravilla; se felicitó a sí mismo. Era una capacidad que había ido cultivando en el banco con los clientes difíciles. Pero nunca había tenido la oportunidad de llegar tan lejos.

Sacó la cartera, cogió un billete de cincuenta euros y lo dejó en el mostrador.

—¿No tiene algo más pequeño? —preguntó el barman, interpretando erróneamente su gesto.

—Son para usted si me enseña la habitación de Geoffrey.

El hombre lo estudió un buen rato, pues la petición no lo convenía; temía que no fuera tan inocente como parecía. Después echó un rápido vistazo al casillero y dijo:

—Se podría hacer, veo que en este momento está libre. Pero primero tengo que decírselo a... Disculpe.

Salió de detrás del mostrador y fue a hablar con el conserje. Éste se quedó mirándolo mientras el desaliñado le hablaba, y después le hizo señas de que se

acercara.

—No he entendido bien lo que usted desea. ¿Quiere echar una ojeada a la habitación?

—Bueno, si es posible, quisiera permanecer en ella una horita para respirar el mismo aire que Geoffrey... —contestó, depositando delante de él otro billete de cincuenta.

Ambos empleados se miraron: habían encontrado a un primo, a un fan exaltado e imbécil.

—Aquí no alquilamos por horas —dijo el conserje.

—Pero es que yo estoy dispuesto a pagar la tarifa de toda una noche.

—Sí, de acuerdo, pero debo advertirle que es la habitación más cara del motel. Es una *suite*, tiene un saloncito, un...

—Me parece muy bien.

El conserje le entregó una de las dos llaves. Él a su vez tendió las de su coche al sujeto desaliñado, que las miró perplejo.

—¿Y qué hago con ellas?

—Es para que me lleve el coche al garaje.

—El garaje se reserva para los clientes habituales, señor —explicó el conserje—. Y hoy precisamente está lleno a rebosar.

O sea que Adele era una clienta habitual.

—A no ser que... —añadió el conserje.

—Dígame.

—A no ser que, para recrear la atmósfera de cuando estaba Geoffrey, usted tuviera compañía. Si son dos, según nuestro reglamento, se tiene derecho al garaje.

Eso no se lo esperaba.

—Pero ¿no me ha dicho que está lleno a rebosar?

—Con buena voluntad, siempre se encuentra un sitio.

—Pero es que yo no sé...

—Si lo desea, yo podría encargarme.

O sea que era un prostíbulo en toda regla.

—No, gracias. ¿Le dejo un documento?

—Si se queda sólo una hora... —No lo inscribiría en el registro y se repartiría el dinero de la habitación con el desaliñado—. La dos es la primera a la derecha —añadió, señalando el arco.

Una vez dentro, encontró una pequeña antesala con dos puertas.

La de la derecha daba a un saloncito decorado con muebles suecos de cierto gusto; tenía televisor, mueble bar y frigorífico. La de la izquierda daba al dormitorio. La cama de matrimonio era espaciosa; el armario tenía un espejo de gran tamaño situado de tal manera que quien se tumbara en la cama pudiera ver su reflejo, y allí también había televisor.

Pero la gran sorpresa se la llevó al entrar en el cuarto de baño, que era prácticamente tan grande como el saloncito: bañera, espejo de cuerpo entero incunable en la pared, doble lavabo. Por eso, tal como había dicho el conserje, era la habitación preferida de Adele. Un lugar digno de la ceremonia. La ceremonia de la reina del burdel.

En tiempos de Geoffrey, Adele lo había avisado varias veces de que iría a dormir a casa de Gianna... En cambio, acudía al Regina, y por la mañana, el negro, sentado en el pequeño taburete de plástico...

El arrebatado de celos que lo asaltó fue tan grande que tuvo que tumbarse en la cama. Cerró los ojos.

Y en el silencio oyó unos ruidos sofocados pero reconocibles, procedentes de la habitación de al lado. Después todo terminó y, en medio del recuperado silencio, sonó una carcajada femenina exactamente igual que la de su mujer.

¿Sería posible que Adele...?

No, ni pensarlo. Sabía que él tenía que pasar por allí. ¿Y si hubiera ido a pesar de todo para provocarlo? Quita, ¿cómo iba a prever que se detendría en el motel?

La mujer seguía riendo. Como si supiera que él se encontraba en la habitación contigua y se estuviera burlando.

Metió la cabeza bajo la almohada y la apretó contra los oídos.

Pero ¿qué había ido a hacer allí?

Era la primera vez que se dejaba dominar por un impulso irracional.

* * *

¿Cómo es posible que no se diera cuenta de la señal?

A lo mejor tenía la cabeza demasiado ocupada, pensando en la conversación con Ardizzone y, sobre todo, en la inútil parada en el motel. El caso es que el coche que venía por la derecha y que lo alcanzó de lleno tenía toda la razón de su parte.

—Pero ¡qué coño le pasa?! ¿Conducía dormido o qué? —le espetó el distinguido cuarentón que iba al volante, bajando enfurecido de su reluciente y lujoso coche.

La chica no menos elegante y reluciente que lo acompañaba bajó también y se puso a examinar los daños. Después lo miró con una sonrisa impertinente que significaba que, en su opinión, él ya no estaba para conducir: demasiado viejo, mejor que condujera una silla de ruedas.

A su alrededor se estaba creando un ansioso concierto de cláxones, tocados con desesperación por personas irritadas por la repentina interferencia en el tráfico.

Por si fuera poco, él se había llevado un buen susto con el choque.

Bajó del coche con las piernas como un flan.

—¡Usted no ha respetado el *stop!* ¡Y menos mal que yo circulaba despacio!
—exclamó el cuarentón, hecho un basilisco.

—Tiene usted toda la razón —admitió él en tono sumiso.

—¿Tiene seguro?

—Claro.

Intercambiaron los datos y las tarjetas de visita.

La puerta posterior del vehículo no se podía abrir, estaba hundida. Volvió a ponerse en marcha con las manos temblando. Jamás había sufrido el menor accidente de tráfico. En la compañía de seguros se sorprenderían.

En cambio, a Adele los accidentes le ocurrían a menudo. Claro que tenía un planchista de confianza. Le preguntaría adónde llevar el coche.

Llegó a casa un poco cansado. Fue al cuarto de baño y experimentó un suplicio peor que el de otras veces.

En resumidas cuentas, su segunda jornada de jubilado había sido de lo más complicada. Lo mejor era tumbarse un poco en la cama.

Llamada con los nudillos a la puerta.

—La cena está servida, señor.

Se había quedado dormido. Antes de bajar se lavó con abundante agua, pero la ligera sensación de embotamiento no disminuyó. Primero el mareo y después el accidente: dos sobresaltos en el mismo día eran decididamente demasiados para un hombre entrado en años.

Encontró a Adele esperándolo sentada. Le dijo que Daniele había salido a cenar con unos amigos, pero enseguida notó que algo no marchaba bien.

—Estás muy pálido. ¿Te encuentras mal? ¿Has discutido con Ardizzone?

—He tenido un accidente.

—¿Tú? —exclamó. Y de repente ansiosa—: ¿Te has hecho daño? —Solicita y sinceramente preocupada.

—No, pero el coche sí.

—El coche no importa. Ya se encargará mi planchista.

—Eso precisamente quería pedirte.

Pero la verdad es que no podía tragarse la sopa.

—¿No te la tomas? A mediodía tampoco has comido.

—Esta noche estoy un poco alterado.

—Por lo menos cómete la fruta. Te la pelo yo.

—De acuerdo.

—¿Qué tal con el viejo Ardizzone?

—He aceptado.

Ancha sonrisa.

—No sabes cuánto me alegro.

—¿Por qué?

—Cariño mío, acostumbrado como estás a trabajar, te volverías loco si te

quedaras todo el día en casa sin hacer nada.

« Tú también te volverías loca teniéndome todo el día en casa —pensó él—. Y Daniele no lo soportaría» .

—Mejor así para todos.

—¿Qué dan esta noche en la tele?

—Una película antigua que promete bastante. *Una aventura romántica*; verás como a ti también te gusta.

* * *

A las ocho y media de la mañana siguiente llamó a un taxi para ir al laboratorio Gerratana, donde entregó el recipiente a una chica en bata blanca y le repitió lo que le había pedido Caruana.

—Para el análisis de sangre tendrá que aguardar unos diez minutos en la sala de espera. Ya lo llamarán.

—¿Cuándo podré recoger los resultados?

—Esta tarde a partir de las cinco y media.

Eran rápidos, desde luego.

A las diez en punto ya estaba en las oficinas ultramodernas del Grupo Ardizzone. La secretaria lo hizo pasar a un saloncito cuyos muebles parecían sacados directamente de una de las revistas de decoración que Adele compraba de vez en cuando.

—El *dottore* lo atenderá enseguida.

En las paredes colgaban cuadros abstractos de vivos colores; quizá los habían comprado junto con los muebles.

—Puede pasar.

En cuanto lo vio entrar, Mario Ardizzone se levantó, fue a su encuentro con una sonrisa y le tendió la mano.

—¡Bienvenido! ¡Sea usted bienvenido de todo corazón!

—Gracias.

Y viendo el entusiasmo del joven, se dejó abrazar y dar manotazos en la espalda.

El despacho era un poquito menos espacioso que una plaza de armas y causaba cierta impresión. Ésa era precisamente su finalidad. Un televisor, dos ordenadores, tres teléfonos de colores distintos, mueble bar, una enorme mesa ovalada con diez sillas alrededor, un mueblecito con una máquina expendedora de café, un sofá y dos butacas de lujo en un rincón. Y cuadros grandísimos, intercambiables con los del saloncito.

—¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Puede fumar si quiere.

—No fumo.

—Entonces, vamos a establecer las condiciones. ¿Le parece bien?

—Muy bien.

Se pasaron dos horas hablando. Ardizzone había ordenado a su secretaria que no lo molestara por ningún motivo.

Acercas de las condiciones estuvieron enseguida de acuerdo. La única resistencia con que tropezó fue cuando propuso el contrato de un año, pues Mario quería que fuera de tres, pero al final se salió con la suya.

A continuación Mario le informó que la víspera, tras enterarse por su padre de su aceptación, había dado una respuesta afirmativa a los de la Fides. Por consiguiente, el paso ya estaba dado y no era posible echarse atrás. Si aquello ocurriera, se correrían graves riesgos.

—Como máximo, podrían ponernos un pleito por incumplimiento de contrato —objetó él.

—Todavía no hay ningún contrato.

—Mejor.

—Eso lo dice usted —repuso Mario—. Yo di mi palabra de que el negocio se hacía.

—¿A Torricella?

—No. Pero sepa que Torricella, desde las cinco de la tarde de ayer, ya no tiene nada que ver con la Fides. ¿Está claro? —En cuanto a la Prontocontanti, en cambio, no había problemas—. Ahora le digo cómo veo la cosa.

El joven veía a lo grande. Quizá demasiado. Y él se lo dijo con toda claridad. Pero Mario no se dejó convencer. Cada cual a lo suyo.

Al final, le entregó dos abultadas carpetas que contenían los expedientes relacionados con el estado vigente de las dos sociedades financieras; quería que los examinara y le diera su opinión, indispensable para proceder a la adquisición definitiva.

—Puede empezar mañana. Venga cuando quiera. He puesto a su disposición un despacho situado a tres puertas del mío. Podrá servirse de mi secretaria. Se lo enseño, y si no le va bien, dígamelo.

La estancia le gustó. Los muebles eran soportablemente modernos y no había cuadros en las paredes.

No cabía duda de que Mario era un joven experto, capaz de comprender a cualquier hombre con quien tuviera que tratar.

—¿Le gusta? ¿Sí? Trabajaré aquí de manera transitoria, pues, cuando se haga la fusión, tendrá su despacho definitivo en la nueva sede de la sociedad financiera. Por cierto, habrá que buscarle un nombre que transmita confianza.

Ninguna referencia a lo que él había discutido con su padre.

Era francamente experto.

Tardó casi una hora en regresar a casa en taxi. El tráfico era tan denso que en

determinado momento sintió la tentación de bajar y hacer el trayecto a pie. Pero estaba demasiado cansado, no lo habría conseguido. El taxista se pasó el rato soltando reniegos.

—Su secretaria ha llamado dos veces desde el banco. Dice que la llame inmediatamente. La comida está lista.

—¿Está mi mujer?

—Sí.

—Dígale a la señora que empiece sin mí. Voy enseguida.

Fue al estudio y marcó el número directo que hasta hacía tres días era el suyo. Su exsecretaria contestó enseguida.

—*Dottore*, hay correspondencia para usted. ¿Qué hago?

—¿Son cartas a mi nombre?

—Tres sí. Una de la cooperativa agrícola Montagnella, una del Banco de Roma y una del Banco de Italia.

—Páseelas a Verdini.

—Muy bien. También hay una personal.

—Ábrala.

Un minuto después volvió a oír la voz de su exsecretaria, sorprendida.

—*Dottore*, sólo hay una fotografía.

—¿Qué representa?

—Una pareja joven. Ella está visiblemente embarazada.

—Mire el sello del franqueo, dígame de dónde viene.

—De Londres.

—¿Hay algo escrito?

—No.

—Métala en otro sobre y envíemela.

Su hijo. ¿Lo estaría cambiando la inminente paternidad? De todos modos, la fotografía se la había enviado al banco, no a casa. Para que no la viera Adele.

Inesperadamente y sin motivo, se le hizo un nudo en la garganta.

Adele estaba empezando el segundo plato.

—¿Cómo es que llegas tan tarde?

—Había tráfico.

—¿Has ido a ver a Mario?

Finalmente se había traicionado. ¿Cómo podía saber lo de su cita con el joven Ardizzone? Él estaba segurísimo de que no se la había mencionado.

Las posibilidades eran dos: o se veían o se mantenían en contacto telefónico. Por consiguiente, lo que él sospechaba desde el principio quedó confirmado: no había sido una iniciativa de Mario. Quizá éste le hubiera dicho eso a su padre, pero el verdadero cerebro, la única directora de la operación Ardizzone puesta en marcha para él, era Adele.

—Sí, hemos definido algunos detalles.

Ella no abrió la boca hasta el momento de tomar la fruta. Lo miró dos veces e hizo ademán de decirle algo, pero no habló. Quizá quería preguntarle algo más acerca del encuentro con Mario. Pero, si se habían visto o habían hablado por teléfono, ¿a aquellas alturas no lo sabía ya todo?

—¿Qué quieres decirme? —la ayudó.

—¿Has firmado el contrato?

—Todavía no, pero estamos de acuerdo en el sueldo y la duración.

—¿Qué duración?

Él comprendió adonde quería ir a parar. Mario le había encomendado una tarea: convencerlo de que firmara un contrato más largo.

—Tres años —contestó tranquilamente. Quería provocarla, ver cómo reaccionaba ante la mentira.

En efecto, Adele, con el rostro arrojado y mirándolo con expresión sombría, estuvo a punto de replicar, pero reprimió el impulso. Se levantó hecha una furia.

—Tengo que irme. Adiós.

—Hasta luego.

Una vez a solas, picó un poco de ensalada.

Inexplicablemente, seguía sintiéndose cansado, así que, en cuanto se levantó de la mesa, fue a acostarse un rato.

A las cinco llamó a un taxi para que lo llevara al laboratorio de análisis.

Le dijo al taxista que esperara, recogió un sobre grande, pagó y regresó.

Escondió el sobre —sin abrirlo— en el segundo cajón de la derecha, debajo de una caja llena de viejas fotografías. Temía que Adele, viendo casualmente el membrete del laboratorio, lo abriera y empezara un interrogatorio. No quería hablarle sobre las molestias que experimentaba; lo avergonzaban.

Pensó que, ya que estaba, podía hacer limpieza en el escritorio, empezando por el primer cajón. Los tres cajones de la derecha contenían papeles personales; los de la izquierda, viejos expedientes bancarios, y a inútiles.

En primer lugar cogió la maletita de plástico verde que albergaba la pistola, jamás utilizada, que el banco había entregado mucho tiempo atrás a algunos empleados y directivos, siguiendo un criterio que él nunca había comprendido. Para eliminar la tentación, se la había llevado a casa.

Sí, porque, teniendo el arma a mano en el despacho, corría el riesgo de reaccionar instintivamente y empuñarla. Los atracadores ni siquiera le habrían dado tiempo de efectuar un disparo; le habrían disparado una ráfaga de metralleta o lo que fuera.

Lo había experimentado personalmente al principio de su carrera, cuando era segundo cajero de la sucursal de Cianciana.

El primer cajero estaba terminando de contar el dinero del único cliente que había en la ventanilla mientras él repetía las cuentas con la calculadora. Por aquel entonces no existían los ordenadores.

Entraron dos enmascarados revólver en mano, y uno gritó:

—¡Manos arriba!

Ellos dos y el cliente, aterrorizados, obedecieron.

—¡Dadme toda la pasta! —exigió el mismo atracador.

Los ladrones estaban nerviosos y tenían prisa; era evidente que se conformarían con el dinero que hubiera disponible en las dos cajas, que ni siquiera les pasaba por la cabeza mandar abrir la caja fuerte. Mientras él entregaba tres fajos de billetes a uno de los atracadores, advirtió que detrás de ellos había aparecido el director —Virgillito, se llamaba el pobre imbécil—, con una pistola bailándole en la mano, tanto le temblaba. Disparó y destrozó el reloj de pared. Pero antes de que tuviera tiempo de volver a apretar el gatillo, el atracador que había hablado se volvió como una serpiente y efectuó un solo disparo directamente a la cara de Virgillito. Después los dos huyeron con las manos vacías. Virgillito había salvado doscientas cincuenta mil liras, pero en ello le fue la vida.

Depositó la maletita en el suelo y cogió un sobre amarillo de gran tamaño. Estaba abriéndolo cuando llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Ha llamado la señora, que esta noche no cena en casa y después irá a ver

una película con la señora Gianna.

Mejor así.

Aún no le apetecía comer, y menos todavía oír las exhortaciones de Adele, la cual había decidido con toda certeza pasar una velada fuera con Daniele. O quizá Daniele también había recibido la misma llamada. Sólo estaba seguro de una cosa: quienquiera que fuese al cine con ella no sería Gianna. Ni otra mujer.

En el sobre sólo había cartas repartidas en dos paquetes, cada uno atado con una cintita rosa. Eran las cartas que había intercambiado con Michela cuando eran novios.

La había conocido en Ragusa nada más empezar a trabajar en el banco. Michela no era guapa, pero tenía un cuerpo aceptable y grandes ojos tan negros como la tinta. Muchacha seria, de carácter dulce y reservado, de buena familia, tenía el bachillerato, pero nunca se había matriculado en la universidad.

Cuando ambos llevaban algún tiempo saliendo y reuniéndose en casas de amigos, él pensó que sería una esposa perfecta.

A su pregunta de si quería ser su mujer, Michela contestó que sí después de un eterno minuto de silencio. Lo había pensado. A lo mejor él no era su ideal, pero quizá había perdido la esperanza de encontrar algo mejor. Se casaron tras un año de noviazgo. Luigi llegó al año siguiente. Y cuando Michela murió después de diecisiete años de matrimonio, él se sintió perdido. Porque con el tiempo habían legado a quererse.

La víspera de su muerte, cuando él llevaba tres noches sin pisar la cama, ella...

«No —se dijo—; detente».

¿Por qué ahora, después de tantos años de no pensar en ella, le venía a la mente Michela? ¿Por qué estaban a punto de asaltarlos los recuerdos del tiempo en que su vida de hombre casado discurría por unos cauces que no sólo no podían reservar sorpresas sino que, por el contrario, daban la sensación de ser un viaje tranquilo y en paz hacia la estación final?

Estaba cometiendo un grave error: si quería librarse de los papeles inútiles, no era por allí por donde tenía que empezar, sino por los tres cajones del otro lado. Volvió a guardar el sobre y la maletita y cerró con llave.

Pero se le habían pasado las ganas.

No conseguía quitarse a Michela de la cabeza.

Los dos primeros años después de su muerte, iba a visitarla a su tumba el día del aniversario. No lo hacía porque fuera creyente ni por costumbre, sino por auténtica necesidad. No iba a hablar como muchos otros, sino que permanecía de pie delante de la tumba, pensando en ella.

Luigi no; Luigi en el cementerio estaba como en casa. Y por eso había hecho bien enviándolo a Londres. Después, el banco lo mandó a Roma precisamente el día del tercer aniversario. Desde entonces las visitas se habían espaciado, y

cuando conoció a Adele, dejó de ir.

Estaba convencido de que iba a envejecer así, sin ninguna mujer al lado, y en cambio Adele le había dado una especie de segunda vida.

Ya, una segunda vida. Dicen que los gatos tienen siete, pero el hombre ¿cuántas puede tener?

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Pongo la mesa aquí en el estudio?

—¿Qué hay para cenar?

—Puré de verduras, quisquillas cocidas, queso y fruta.

—No ponga la mesa; tráigame un poco de fruta.

Se la comió viendo el telediario.

A las nueve sacó del cajón el sobre del laboratorio y lo abrió. Había dos hojas: una era el resultado de los análisis de sangre y orina; la otra, la del PSA, que ni siquiera sabía lo que era. Les echó un vistazo, no entendió nada y llamó a Caruana.

—Tengo el resultado de los análisis.

—¡Ya te dije que eran muy rápidos! Léemelos.

—¿Todos?

—¿Te falta el resuello?

—No, pero no quisiera molestarte.

—Tienes razón. Mi mujer está pataleando para ir a cenar; he regresado un poco tarde.

—Te llamo mañana.

—Muy bien. No; oye. Coge el análisis de orina. Mira dónde hay el mayor número de crucecitas.

Miró.

—Hay cuatro al lado de donde pone Ciprofloxacina.

—Comprendo. Ahora dime lo que hay en el PSA.

Se lo dijo.

Caruana pareció un poco perplejo.

—¿Estás seguro de que me estás dando los datos del PSA?

—Segurísimo.

Hubo una pausa.

—¿Mañana por la mañana tienes compromisos?

—La verdad es que debería...

—Cancélalo. Quiero verte.

—De acuerdo.

—Pasa por mi consulta a las diez en punto. Me encargaré de que te reciban enseguida. ¿Conoces a algún farmacéutico que pueda facilitarte un medicamento sin receta?

—Sí.

—Manda comprar enseguida una caja de Ciproxin, es un antibiótico: te tomas un comprimido esta misma noche y otro mañana por la mañana, con doce horas de intervalo. Y sigue así en los días sucesivos. Cuanto antes empieces, mejor. Verás como se te pasan las molestias. Pero igualmente nos vemos mañana. Y tráeme los análisis. Ah, oye, tómate la temperatura antes de acostarte.

¿Por qué Caruana parecía preocupado? ¿Y qué tenía que ver la temperatura? Él, aparte del desfallecimiento y la inapetencia de los últimos días, se encontraba bastante bien. Un poquito cansado, eso sí. Pero ¿no sería una cuestión psicológica causada por el hecho de jubilarse?

Menos mal que Adele no estaba en casa. Así no se enteraría de nada. Llamó a Giovanni, le dijo que fuera a la farmacia y le entregó un papel con el nombre del medicamento.

—Pero a lo mejor a esta hora está cerrada.

—Está de guardia. Diga que lo necesito yo. Y compre también un termómetro.

Media hora después, tras tomarse el antibiótico, se puso a ver una película de gánsteres.

Antes de acostarse se tomó la temperatura. Treinta y siete con ocho.

¡Qué raro! Tenía fiebre, no cabía duda, pero no la notaba. A saber desde cuándo estaba así y no se había dado cuenta. Durmió agitadamente.

Y hacia el amanecer tuvo un sueño.

Estaba en su despacho del banco y su secretaria acababa de dejarle el correo. El cuarto sobre llevaba escrito de través en la parte superior izquierda: «reservada - personal». La dirección estaba escrita a mano, pero la letra le era desconocida.

Lo abría. Contenía una hoja doblada en cuatro, no era papel de carta sino de impresora, grueso. Estaba manuscrita, muy tupida, tanto que no había márgenes ni arriba ni abajo ni a los lados. Las letras eran tan pequeñas que parecían patitas de hormiga, y las palabras estaban tan pegadas que formaban una sola de una línea de longitud. No había puntos ni comas. Y tampoco se entendía en qué lengua estaba escrita.

La parte posterior de la hoja se había utilizado como la anterior. Es más, puesto que no había un claro principio o algo identificable como tal, no era posible distinguir cuál era la primera cara. Más que una carta, parecía una hoja arrancada de un papel continuo.

La tapaba con una cuartilla y llamaba a la secretaria por el interfono.

—Tráigame una lupa.

—Creo que no tengo ninguna.

—Pues búsqume una.

Solamente cuando la secretaria se la conseguía y cerraba la puerta a su

espalda, él empezaba a examinar el texto con la lupa. No se trataba de árabe ni cirílico ni ninguna otra escritura reconocible. Entonces tomaba el sobre para examinar el sello y descubría que no había ninguno. Volvía a llamar a la secretaria, cubriendo nuevamente la carta, pero ahora con el sobre en la mano.

—¿Quiere venir un momento?

La mujer entraba y él se lo mostraba.

—¿Cómo ha llegado?

La secretaria lo miraba.

—Ah, sí, me lo ha traído el botones.

—¿Y a él quién se lo ha dado?

—Probablemente alguien de la oficina de Información o el portero.

—Averigüe quién la recibió.

Cinco minutos más tarde sonaba el interfono.

—*Dottore*, se la entregaron a Manusardi, de Información.

—Dígale que venga a mi despacho.

No conocía a ese Manusardi. Era un muchacho de Trento, visiblemente azorado por encontrarse en presencia del vicedirector general.

—¿Le han entregado a usted esta carta para mí? —le preguntaba tendiéndole el sobre.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, el primero que ha entrado en el banco. Iba corriendo, casi sin resuello. Me ha llamado la atención y por...

—¿Qué clase de tipo era?

—Un señor maduro. Bien vestido y... —vacilaba; no sabía si seguir adelante o no.

—Manusardi, le ruego que me lo diga todo.

—Era impresionante.

—¿Qué?

—La semejanza con usted. Yo a usted lo veo pasar cuatro veces al día. Parecía...

Él perdía la paciencia. Cosa que casi nunca le ocurría.

—¡Hable, por Dios!

—... Su hermano gemelo.

—Puede retirarse, gracias.

Era imposible. Había tenido un hermano gemelo al que no recordaba porque había muerto apenas al año de edad, no sabía cómo. Se lo había contado su madre. ¿Quién podía ser un hombre tan parecido a él?

Sonaba el teléfono.

—*Dottore*, hay alguien que quiere hablar con usted.

—Concrete un poco. ¿Qué significa «alguien»?

—No ha querido dar su nombre. Pero dice que es importante. ¿Qué hago?

—Pásemelo.

—Hola, ¿eres tú?

—¿Con quién hablo?

—¿Cómo puedes no saberlo?

En efecto, la voz le resultaba vagamente familiar.

—Oiga, no tengo tiempo que perder.

—Es cierto.

—¿El qué?

—Que ya no tienes tiempo que perder. ¿Has recibido la página que te envié?

Es la tuya.

—¿Qué significa que es la mía?

—¿No has visto que ya está toda escrita?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que en ella ya no se puede escribir más. —Y el desconocido colgaba.

Entonces comprendía que la voz que acababa de hablarle era la suya.

Despertó empapado de sudor.

A las diez en punto de la mañana siguiente estaba sentado en la sala de espera del consultorio de Caruana. Se sentía un poco incómodo a causa del examen al que en cuestión de nada iba a someterlo su amigo médico. ¿Cómo hacían las mujeres para ir al ginecólogo con tanto desparpajo?

—Pero ¡yo estaba primero! —protestó un septuagenario extremadamente delgado.

—El profesor ha ordenado que lo haga así —contestó la enfermera en un tono que no admitía réplica.

Caruana y él se abrazaron.

—¿Sabes que has adelgazado mucho desde la última vez que nos vimos? ¿Te has puesto a régimen?

—No.

—¿Sufres inapetencia?

—Últimamente sí.

—Dame los análisis. Perdona que vaya tan rápido, pero... —Los examinó con detenimiento—. ¿Anoche y esta mañana has tomado el antibiótico?

—Sí.

—¿Te has tomado la temperatura?

—Sí. Treinta y siete con ocho.

—¿Y en los días anteriores?

—No me la tomé porque no notaba nada. Como anoche, por otra parte.

—No notabas nada, pero la tenías. Bájate los pantalones y los calzoncillos y apoya allí las manos.

Fue una situación embarazosa. Y duró más de lo que él había pensado.

—Muy bien, vuelve a vestírte.

Caruana fue a sentarse al escritorio y le indicó que se sentara en una silla que había delante.

—Por lo que respecta a las molestias que sufres desde hace algún tiempo, no es nada grave, una vulgar infección.

—¿Debida a qué?

—No es de origen sexual, tranquilo. —Y esbozó una sonrisita, pero se veía que era falsa—. Sigue con el antibiótico, verás que en una semana se te pasa. Pero...

—¿Pero?

—No me gustan los resultados del PSA. Tienes unos valores muy desequilibrados. Y todavía me gusta menos lo que he percibido en la palpación.

—¿Qué tengo que hacer?

—Te has jubilado, creo.

—Sí.

—Por consiguiente, estás libre de compromisos de despacho.

—La verdad es que me han ofrecido un trabajo que...

—Aplázalo unos días.

—¿Por qué?

—Porque quiero que te vea un amigo mío. Se trata de unos exámenes bastante largos, y tendrás que permanecer ingresado en su clínica al menos un par de días.

—¿Podemos dejarlo para la semana que viene? —Necesitaba un poco de tiempo para hacerse a la idea.

—En mi opinión, es mejor que te los hagas sin pérdida de tiempo.

—De acuerdo.

—Ahora llamo a mi amigo, que seguramente te encontrará sitio en su clínica.

Es el profesor De Caro.

—¡¿El oncólogo?!

—Sí.

Así las cosas, ya no era posible ocultarle la situación a Adele.

Decidió decírselo en la mesa, para que ella no tuviera mucho tiempo de hacer preguntas demasiado detalladas. Pero ¿por qué le costaba tanto contarle lo que le estaba ocurriendo? Quizá las razones eran muchas y no conseguía enfocarlas bien. Desde luego, la principal no era que no quisiese preocuparla; sabía que la preocupación de Adele duraría como máximo media jornada y después sería arrollada por sus compromisos públicos y, sobre todo, personales.

Adele era como uno de esos gorriones que, después de que la tormenta los deja empapados por haber permanecido posados en una rama, se sacuden batiendo las alas y quedan más secos que antes.

No; tal vez la verdadera razón era que no quería mostrarse disminuido, debilitado, a los ojos de Adele.

¿A los ojos de Adele o más bien a los de Daniele?

Desde que había instalado al amante bajo el mismo techo, su mujer había puesto en práctica una estrategia encaminada a excluirlo del centro neurálgico de la casa, constituido por las habitaciones que eran suyas. Pero si ahora él le dijera que ya no gozaba de buena salud, para los amantes podría representar una especie de abandono del territorio. ¿Acaso no ocurre entre los animales? Cuando el líder de la manada es viejo y está enfermo, lo excluyen en favor del macho más joven. Al bajar, descubrió que, ni hecho a propósito, aquel día Daniele no había ido a la universidad y, por consiguiente, comería con ellos. Adele ya había terminado el primer plato.

Él se lo jugó a pares y nones: ¿hablar con su mujer en presencia del muchacho o hacerlo cuando éste no estuviera? Decidió no decírselo en privado. Si era cierto —y lo era— que Adele había armado todo aquel jaleo con Ardizzone para mantenerlo lejos de casa, la noticia que estaba a punto de darle le encantaría, y él no quería perderse el cómplice juego de miradas entre ella y Daniele. Era una representación teatral que le gustaba presenciar pese a la banalidad y previsibilidad del guión.

—Perdona que no te haya esperado —le dijo Adele en cuanto lo vio entrar—. He de darme prisa porque tengo una reunión importante inmediatamente después de comer.

Daniele, en cambio, lo había esperado para empezar.

—¿Tienes cinco minutos? Debo decirte algo.

—¿Y no puedes decírmelo durante la cena? Acabo de explicarte que tengo una reunión.

—Esta noche no estaré.

—¿Cenas fuera? —preguntó, sorprendida por la novedad.

—No. Es que a las cinco ingreso en una clínica.

Daniele levantó los ojos hacia Adele, pero ella miraba a su marido.

—¿Clínica? ¿Qué clínica?

—Como sentía ciertas molestias, he ido a que me examinara Caruana, el urólogo.

—¿Y qué te ha dicho? —No parecía muerta de preocupación.

—Me ha mandado a un especialista.

—¿Caruana no lo es?

—Sí, claro, pero necesita que...

—¿Quiere la opinión de otro médico?

—Ajá.

—¿Y quién es?

—No lo conoces.

Adele hizo una pausa antes de inquirir:

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿Y para qué?

Por el tono, ella percibió el sentido ofensivo de la pregunta, y por sus ojos cruzó un relámpago. Pero él no se sentía con ánimos para afrontar una discusión y consiguió abortarla.

—Creía que no sería nada.

—¿Y no lo es?

—No es eso lo que quiero decir.

—Pero ¿cuánto tiempo debes estar ingresado?

—Cuatro días. Tienen que hacerme exámenes, análisis, chequeos, lo habitual.

—¡Justo los días en que yo no sabré cómo repartir el tiempo!

Él soltó una breve carcajada.

—¿Es que acaso piensas ir a verme? ¡Anda ya!

—Mira... —Ella consultó el reloj levantándose de la mesa—. ¿Quieres que haga algo?

—¿Qué quieres hacer? Giovanni ya lo ha preparado todo. Te llamaré y te tendré al corriente.

—Eso espero —espetó ella mientras se retiraba.

Poco después, Daniele le hizo la pregunta que Adele no le había hecho.

—¿Qué clínica, tío?

—La de De Caro.

Vio cómo el joven se sobresaltaba. Era estudiante de medicina y, por consiguiente, conocía la especialidad de De Caro. Él le diría a Adele qué enfermedad podía tener alguien que fuera a aquella clínica.

Ese día, aprovechando que su mujer se había ido precipitadamente, no probó bocado.

—¿Quieres que te acompañe a la clínica tío?

—No, gracias.

Se dirigió al estudio y comunicó a Mario Ardizzone que, antes de una semana y debido a ciertos chequeos ordenados por el médico, no aparecería por el despacho.

—O sea, que no tendrá tiempo para echar un vistazo a los papeles —dijo Ardizzone, sin siquiera preguntarle qué dolencia padecía.

—Al contrario, tendré todo el tiempo que quiera. He conseguido una habitación individual y podré trabajar tranquilamente...

—Se lo ruego: tenga cuidado, no deje las carpetas por ahí. No quisiera que ojos indiscretos...

—Tranquilo. Seguramente dentro de una semana esté en condiciones de decírselo todo acerca de la fusión.

* * *

Desde luego, no podía decirse que la habitación de la clínica fuera pequeña. Tenía una bonita ventana que daba a un parque, había una mesita, un pequeño armario y un televisor, y disponía de cuarto de baño privado. De no haber sido por la decoración, con muebles de plástico y metal cromado típicos de hospital, habría parecido la habitación de un hotel de categoría media. Había dejado las dos carpetas con los papeles de las sociedades financieras encima de la mesita, pero tuvo que retirarlas para que le sirviesen la cena; eran las siete. Se notaba el estómago cerrado, y le entraron náuseas ante la idea de cenar tan temprano. A duras penas consiguió comerse una pera. Cuando retiraron los platos, volvió a poner las dos carpetas en la mesita, las abrió y empezó a estudiar los documentos.

Fue la primera y la última vez que pudo examinarlos durante los días que estuvo ingresado en la clínica.

Porque los maltratos empezaron a las seis de la mañana del día siguiente, cuando entró la enfermera para abrir la ventana.

Estaba despierto desde hacía media hora, pero había preferido quedarse tumbado, pues había despertado muy cansado, como si se hubiera pasado toda la noche caminando cuesta arriba.

—¿Podrían traerme un café?

—¿Un café?! ¿El señor quiere un café o el desayuno completo en la cama?

—se burló la enfermera—. Pero ¿usted sabe que tienen que hacerle un montón de análisis o no lo sabe?

Y después de los análisis vinieron las radiografías; y después de las radiografías, las resonancias magnéticas; y después de las resonancias magnéticas, los TAC. Y constantes visitas, no sólo embarazosas sino también dolorosas.

No tuvo la posibilidad de pensar en nada. Su vida anterior se había borrado de golpe; ahora era sólo una especie de marioneta de carne y hueso que pasaba de mano en mano.

A la mañana del cuarto día lo dejaron dormir en paz. Pero a las nueve se presentó De Caro.

—Ya he telefoneado al amigo Caruana, que le envía saludos.

—Gracias. —No dijo nada más; se limitó a mirar al doctor con expresión inquisitiva.

—Estoy acostumbrado a hablar claro con mis pacientes.

—Dígame.

—No cabe ninguna duda de que hay un tumor en la próstata.

Él se sorprendió. ¿Qué estaba diciéndole? ¿Un tumor?

Estaba a punto de sucumbir al miedo cuando recordó que Tumminello, el vicedirector general cuyo lugar había ocupado él, también había tenido un tumor de próstata; había estado en el hospital, pero después volvió a trabajar tranquilamente hasta que se jubiló tres años después.

—¿Qué hay que hacer?

—A mi juicio, operar sin pérdida de tiempo. Siempre y cuando usted esté de acuerdo.

¿Qué podía contestar? Estaba más confuso que convencido. Aún no había asimilado las palabras de De Caro.

—Si usted lo dice, profesor...

—Pues entonces pasado mañana. No se preocupe, no es una operación difícil. Hacemos muchísimas, pura rutina. Dentro de una semana como máximo estará de nuevo en casa.

En casa.

Al oír esas palabras recordó que no había llamado a Adele en ningún momento. Y ella tampoco lo había llamado a él.

Cogió el móvil y marcó el número de casa. Contestó Giovanni.

—La señora no está, señor. Se fue ayer por la mañana.

—¿Adónde?

—A Taormina, para una convención.

¿Por qué no le había hablado de eso? Una convención se prepara con meses de antelación. Seguro que ella ya estaba decidida a ir la última vez que se habían visto. A lo mejor había una explicación.

—Páseme a Daniele.

—El señorito ha acompañado a la señora.

He ahí la explicación, la que él imaginaba.

—¿Cuándo regresan?

—Esta tarde.

A tiempo para su salida de la clínica, que, sin embargo, ignoraban que se había aplazado. Si no hubiera llamado al criado, no habría sabido nada de aquella excursión porque con toda seguridad ellos no se la habrían comentado.

—Giovanni, como todavía voy a quedarme aquí unos cuantos días, necesitaría que me trajera ropa limpia. Tome nota.

Así que Adele y Daniele no habían perdido tiempo en aprovechar su ausencia. ¿Por qué le dolía? ¿Por qué se indignaba? ¿Acaso no lo había sabido siempre?

Se quedó toda la mañana tumbado.

Hacia las tres sonó el móvil, que tenía en la mesita de noche. Se sobresaltó, pues no se lo esperaba. Le pareció que el aparato hacía más ruido que una charanga.

—Esperaba encontrarte en casa, pero Giovanni me ha dicho...

—Pues sí, tengo que quedarme unos días más.

—Pero ¿por qué?

—Pasado mañana me operan.

—¿Te operan? ¿De qué?

—Me han encontrado un tumor.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¡qué dices! —La voz le cambió totalmente.

—Mira, no te alteres. De Caro me ha dicho que...

—¿Hasta qué hora están autorizadas las visitas?

—No lo sé.

—Voy enseñada.

—No.

El «no» le salió impulsivamente. Oyó con toda claridad que ella, a causa del asombro, respiraba afanosamente, emitiendo una especie de sollozo.

—¿Por qué?

—No vengas.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué no...?

—No me gustaría verte aquí.

—Pero es que yo tengo muchas ganas de...

—Pues yo no.

—Estaré sólo cinco minutos.

—No. Prefiero disfrutar pensando que te encontraré en casa cuando vuelva.

¿Me comprendes?

—En absoluto. Pero si no quieres...

—Así me gusta. Después de la operación, en cuanto esté en condiciones de hacerlo, te llamo. ¿De acuerdo?

—Si a ti te parece bien...

Desconectó el móvil, temiendo que ella volviera a llamar para insistir. No lo había hecho despedido por su breve escapada con Daniele. Pero es que la contemplación de Adele en aquel ambiente aséptico, ajeno, carente de intimidad, lo habría molestado mucho. De ella tenía una imagen que deseaba conservar intacta; no quería que se le superpusiera otra, la de la esposa que visita al marido enfermo con cara de circunstancias y aspecto insignificante... Además, ¿para qué iba a ir? Se sentaría en la silla de metal, quizá conseguiría derramar unas lágrimas y... ¿de qué hablarían? Por supuesto, él no podría preguntarle los detalles de su excursión a Taormina.

Paradójicamente, más que en la clínica, habría preferido verla en el motel Regina. Seguro que allí habría estado menos incómoda.

Dos días después, a las siete de la mañana se presentó un enfermero para prepararlo para la operación. Esa vez no sintió la menor vergüenza.

El profesor le dijo que la operación había ido muy bien. Estaba el latazo del catéter, pero uno se acostumbraba.

—Pasado mañana podrá irse a casa. Antes de que se vaya, vendré a despedirme.

Él no notaba nada, sólo se sentía un poco aturdido. Llamó a Adele.

—Lo sé todo —le dijo ella alegremente—. La operación ha ido muy bien.

¿Cómo se las había arreglado para saberlo?

—¿Quién te lo ha dicho?

—He llamado a De Caro.

—¿Lo conoces?

—No. Pero su mujer pertenece a nuestra asociación. Pasado mañana irá a recogerte Giovanni. Llámalo cuando estén a punto de darte el alta. Por desgracia, yo tengo una reunión a la que no puedo faltar; de lo contrario iría. ¿Tienes a mano el talonario de cheques?

Siempre exacta y atenta su mujer. Dios nos libre de que se retrasara en un pago, faltara a una cita, llegara tarde, se olvidara de algo por nimio que fuera. Y sobre todo, siempre con el atuendo adecuado para la ocasión. Le entraron ganas de no afeitarse; así, en cuanto lo viera, Adele le dirigiría una mirada de reproche.

Al día siguiente hubo una desagradable novedad. La enfermera lo despertó a las siete de la mañana, cuando él pensaba quedarse acostado hasta muy tarde porque estaba convaleciente y aún se sentía débil.

—¿Qué pasa?

—Hay que repetir las radiografías.

¿Cómo?! ¿Empezaban otra vez? Más que preocuparse, se puso nervioso.

—¿Puedo saber por qué?

—A mí no me lo pregunte. Yo hago lo que me dicen que haga. ¿Necesita ir al lavabo?

—Sí.

—Vaya, pero no se lave. Lo lavaré yo. No debe permanecer demasiado rato de pie.

A aquellas alturas, la vergüenza ya era un lejano recuerdo.

Por la tarde no lo molestaron. Si hubiera querido, habría podido trabajar con los papeles de las sociedades financieras, pero no tenía ganas. ¿Qué significaban aquellas nuevas radiografías? ¿No le habían hecho ya de todo el cuerpo, incluidos los pulmones? ¿Por qué esta vez se habían limitado a los pulmones? ¿Qué buscaban? ¿Había complicaciones? En determinado momento no resistió más y llamó a la enfermera.

—¿Podría hablar con el profesor De Caro?

—Por regla general, ningún paciente puede requerir al profesor. Y aunque yo quisiera hacer una excepción, no podría: el profesor está operando.

Sin embargo, ahora le había entrado una angustia insoportable. ¿Cómo trataban así a un enfermo, sin darle ninguna explicación? ¿Y si llamaba a Adele para que solicitara información? No, no era el caso.

Recordó a Caruana. Tuvo la suerte de que se lo pasaran enseguida.

—¿Qué hay? Todo bien, ¿no? De Caro es un amigo, me tiene informado.

—Iba bien. Pero esta mañana han vuelto a sacarme placas de los pulmones.

—¿Y bien?

—Quisiera saber por qué.

—¿Quieres que se lo pregunte a De Caro?

—Te lo agradecería. En este momento está operando.

—Eso significa que hablaré con él dentro de un par de horas. Quédate tranquilo, que en cuanto tenga noticias te llamo al móvil.

Pero Caruana no llamó, y cuando él lo telefoneó a su casa sobre las diez de la noche, su mujer le dijo que aún no había regresado. Marcó el número del consultorio y el teléfono sonó en vano. Lo llamó al móvil y estaba apagado.

Pasó una noche infame.

Por la mañana, se levantó de la cama a las siete sin que ninguna enfermera lo hubiera despertado. Eso lo tranquilizó bastante. Significaba que no habría contraórdenes, que en cuestión de unas horas saldría. Fue al lavabo, se lavó, se afeitó, se vistió, recogió sus efectos personales y los guardó en la maleta, incluidas las dos carpetas.

A las ocho menos diez volvió a llamar a Caruana. Esta vez el teléfono sonó un buen rato en vano. ¿Sería posible que tampoco su mujer estuviera en casa? ¿O es que Caruana no quería hablar con él?

No tuvo el valor de llamarlo al móvil. Seguro que lo tendría apagado. Después, sin saber qué hacer, se sentó y encendió el televisor por primera vez en

todos aquellos días.

A las nueve se presentó en la habitación una guapa joven que no iba vestida de enfermera.

—El profesor lo espera en su despacho dentro de media hora. Puede dejar la maleta aquí. La mandaré bajar a la recepción. Si entretanto quiere pasar por administración...

Se alegró. Si lo dejaban salir es que las radiografías de la víspera las habían hecho en vano. Por consiguiente, si Caruana no lo había llamado ni había contestado a sus llamadas, significaba simplemente que estaba demasiado ocupado. La factura ya estaba preparada. Firmó un talón, pidió que le explicaran dónde estaba el despacho del profesor, tomó el ascensor, bajó dos pisos, encontró la puerta y llamó con los nudillos. Una voz femenina le dijo que entrara, y se encontró delante de la guapa chica de antes, sentada detrás de un escritorio.

—Voy a ver si el profesor puede atenderlo.

Se levantó, abrió una puerta y la cerró a su espalda. Volvió a salir un minuto después.

—Pase.

De Caro se levantó, le tendió la mano y lo invitó a sentarse. Estaba escribiendo a pluma en el talonario de recetas.

—Sólo un segundo y estoy con usted.

Pero él no consiguió esperar.

—Disculpe, profesor, pero ¿por qué ayer volvieron a hacerme radiografías de los pulmones?

De Caro actuó como si no hubiera oído la pregunta y pasó cinco minutos escribiendo. Después dejó la pluma, se recostó en el asiento, lo miró y finalmente decidió hablar.

—Mire, antes de dar de alta a un paciente, tengo la costumbre de repasar muy bien todo lo que le hemos hecho en la clínica. Análisis, exámenes, chequeos pre y postoperatorios. No se trata de un vistazo, no: yo miro los resultados de los exámenes como si todavía tuviéramos que operar. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Bien, anteaer por la tarde, mientras releía todo lo que le concierne, reparé en una pequeña nota de Santangelo, el radiólogo. Decía precisamente que, antes de darle de alta, sería oportuno someterlo a un nuevo examen. Eso es todo.

—Sí, pero ¿por qué?

—En las primeras radiografías, Santangelo había observado una sombra, muy pequeña, que no lo convencía. Por eso aconsejaba una comprobación.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Que efectivamente hay una sombra. Usted no es fumador, ¿verdad?

—Dejé el tabaco hace diez años.

—Y de sus declaraciones se desprende que nunca ha sufrido catarros agudos.

—No.

—Ni pulmonías, pleuritis, bronquitis.

—Exacto. Profesor, ¿no podría ser más claro?

—Mi deber es ser siempre claro. Nosotros suponemos, pero es sólo una suposición, que conste, una simple suposición, que quizá se trate de una metástasis.

Él sintió que se hundía, con toda la silla, bajo tierra. En un instante quedó empapado de sudor. Incluso le resultaba imposible abrir la boca. Permaneció

inmóvil, mirando a De Caro con los ojos como platos. El doctor advirtió su temor.

—Con la misma franqueza, he de decirle que, en el desgraciado caso de que se tratara de una metástasis, podríamos operar con relativa facilidad, dada la situación y la dimensión.

—¿Qué... qué tengo que hacer?

—De momento váyase una semana a casa, descanse y después regrese aquí. Le haremos otras radiografías para las cuales no será necesario ingresarlo. Y sobre todo, métase en la cabeza que la nuestra es, en el estado actual, una simple suposición. —Le tendió dos hojas de papel—. Aquí le he escrito los medicamentos que necesita. Tiene que empezar hoy mismo. En esta otra hoja están las instrucciones.

Giovanni detuvo el coche cerca de una farmacia y bajó con la receta para comprar las medicinas.

«O sea —pensó él con amargura mientras esperaba—, que la enfermedad me ha convocado por sorpresa a prestar servicio. Ahora me concede una semana de permiso como premio, pero inmediatamente después tengo que presentarme de nuevo en el cuartel. ¿Me darán la licencia o me obligarán a prestar servicio permanente?» .

Giovanni regresó con una bolsita de plástico y volvieron a ponerse en marcha. Para pasar el rato, él examinó las cajas de los medicamentos. Había también unas inyecciones que debían ponerle dos veces al día.

—Giovanni, ¿conoce a alguna enfermera?

—¿Para la noche, señor?

—No, para poner las inyecciones.

—Ah, creo que de eso ya se ha encargado la señora.

Él se inquietó. Era evidente que Adele había llamado la víspera a De Caro y ya sabía cómo estaban las cosas. Por otra parte, mejor así: no lo sometería a interrogatorios.

Habían llegado. Giovanni cruzó la verja de la villa y detuvo el coche al pie de la escalera trasera.

—¿Puede subir, señor? ¿Quiere que lo ayude?

—No necesito ninguna ayuda —contestó irritado.

Subió despacio, apoyando el peso del cuerpo en la barandilla. Se sentía destrozado, no a causa de la operación sino de las últimas palabras de De Caro. Se encontraba todavía a mitad de la escalera cuando el criado lo alcanzó con la maleta en la mano, tras haber metido el coche en el garaje.

Nada más entrar en casa, se disponía a girar a la izquierda para dirigirse a su dormitorio cuando lo detuvo la voz de Giovanni.

—Al otro lado, señor.

—¿Por qué?

—Anoche la señora nos hizo cambiar los muebles de sitio.

Pero ¿qué se le había pasado por la cabeza a su mujer? ¿Quería que volviera a acostarse con ella en el dormitorio matrimonial? La puerta eternamente cerrada, la que separaba los dos apartamentos, estaba abierta de par en par. Entró y empezó a recorrer el pasillo, pero a los tres pasos el criado lo invitó de nuevo a detenerse.

—Por aquí, señor.

Adele había mandado trasladar los muebles de su dormitorio a la habitación de Daniele.

La sorpresa fue tan grande que la cabeza le dio vueltas. Tuvo que sentarse en la butaca; la debilidad estaba convirtiéndolo en una brizna de hierba: bastaba un soplo de viento para doblarlo.

—¿Y Daniele?

—La señora ha decidido que el señorito se aloje en el otro apartamento, en la habitación donde dormía usted.

—Tráigame un poco de agua, por favor.

No necesitaba beber sino alejar un poco al criado. Porque se le había formado un nudo en la garganta y se le habían humedecido los ojos.

* * *

En el duermevela, notó que algo se le posaba en la frente. Y después reconoció los labios de Adele. No quiso abrir los ojos. Desde hacía mucho, su mujer había perdido la costumbre de besarlo. En otros tiempos, antes de salir de casa o cuando regresaba, lo besaba siempre, jamás dejaba de hacerlo. Nada especialmente afectuoso, sólo un gesto amistoso. Después, ya no había hecho ni siquiera eso.

A continuación advirtió que ella salía de la habitación con sumo sigilo para no despertarlo. Al poco rato, la oyó regresar. Entonces abrió los ojos.

Adele se encontraba inmóvil en medio de la estancia, mirándolo. En cuanto vio que se había despertado, se le acercó sin hablar, se puso de rodillas y apoyó una mejilla en el dorso de su mano.

¿Qué le estaba ocurriendo a su mujer? ¿Sería posible que, a fuerza de regar, hubiera brotado un pequeño retoño en el desierto?

En aquel momento entró Daniele, quien, al verlos de aquella manera, se detuvo, cohibido. Adele también lo vio, pero no cambió de posición.

Fue él quien habló en primer lugar.

—¿Cómo te va, Daniele?

El muchacho se recuperó.

—¡Más bien cómo te va a ti, tío! ¡Qué alegría volver a verte en casa! Espero que te encuentres bien en mi antigua habitación.

—Y tú en la mía.

—Tía, quería avisarte de que almorzaré en el comedor universitario.

Ella levantó ligeramente la cabeza.

—De acuerdo, Daniele. Adiós.

Y volvió a apoyar la mejilla sobre la mano de él.

—Así no estás cómoda.

—Déjame estar así un poquito.

A él le entraron ganas de reír. Pero ¡qué retoño ni qué niño muerto! ¡El desierto seguía tan estéril como siempre!

Había comprendido la finalidad de la representación. Porque de eso se trataba, de una representación destinada a un solo espectador: Daniele. Adele, al salir de la habitación después de haberlo besado, debía de haber oído que el muchacho se acercaba a su apartamento y había vuelto a entrar para interpretar el papel de la esposa preocupada, fiel y cariñosa. Era también una justificación para el alejamiento del amante. Esencialmente estaba diciéndole: «Ahora que mi marido está enfermo, cada cual tiene que regresar a su papel». Por lo menos durante la semana en que él permanecería en casa.

—¿Por qué me has trasladado aquí?

—Porque aquí es más cómodo.

—¿Más cómodo para qué?

—Si de noche te ocurre algo, yo estoy a dos pasos —contestó al tiempo que se levantaba—. Me llamas y vengo. Ah, oye, he deshecho la maleta. Había dos carpetas que he puesto encima del escritorio de tu estudio.

Se había olvidado por completo de los papeles de Ardizzone. ¿Qué hacer? ¿Lamarlo para decirle que tendría que retrasar el examen financiero? Después pensó que no sería necesario. Seguro que el eficiente joven Ardizzone estaba constantemente al corriente de su estado de salud a través de Adele.

—¿Quieres comer en la cama o te sientes con ánimos para bajar?

—La verdad, no me siento con ánimos para comer.

—Pero debes hacer un esfuerzo. De Caro no me ha aconsejado nada más. Te he mandado preparar un caldito con un huevo. ¿Qué prefieres?

—Bajaré.

—Muy bien. Pues entonces quédate a descansar un ratito. Dentro de un cuarto de hora viene la enfermera.

Y se retiró.

Poco después oyó su voz. Estaba utilizando el teléfono de la mesita de noche del dormitorio. ¡Qué extraño! A pesar de que en medio estaba la pequeña habitación en que Adele lo había hecho dormir con la excusa de que roncaba, si aguzaba bien el oído podía distinguir algunas palabras.

—... Cambiar el horario... no puedo... mi marido... de acuerdo... procura comprenderme...

La enfermera que tenía que ponerle la intravenosa se presentó con cierto

adelanto. Y con ella estaba Adele, que se pasó todo el rato mirando en silencio.

En la mesa, cerrando los ojos para no ver el contenido del plato, consiguió tragarse la sopa.

Después se acostó para recuperar un poco el sueño perdido la víspera. Y con el sueño abrigaba la esperanza de recuperar también un poco de fuerza. Pero ¿qué era esa debilidad que lo había asaltado tras la operación y que lo hacía sentirse cansado incluso cuando sólo estaba de pie?

Adele lo despertó a las cinco y media.

—Perdona, pero tienes que tomar la pastilla.

Aturdido, sin reparar en qué habitación se encontraba, se incorporó a medias y alargó una mano. Se metió el comprimido en la boca y entonces Adele le tendió un vaso de agua.

Con una bata blanca, habría sido una enfermera perfecta.

—Sigue en la cama si te apetece. Total, la otra inyección es a las siete.

Y a las siete regresó con la enfermera. Se quedó mirando en silencio, tal como había hecho por la mañana.

Pero ¿por qué se sentía obligada a asistir a algo tan trivial como la administración de una inyección intravenosa?

Aquella noche, quizá porque había dormido mucho por la tarde, se despertó poco después de las tres. La habitación de invitados, es decir, la de Daniele, donde ahora lo habían colocado a él, tenía el cuarto de baño justo delante. Fue al baño, pero cuando volvía a la cama observó que a través de la puerta del dormitorio de matrimonio, entreabierta, se filtraba luz. Fue a mirar de puntillas.

La cama estaba deshecha pero vacía. Regresó a su habitación y cerró la puerta. Evidentemente, Adele, tras acostarse, no había podido resistir más que lo justo y había ido a reunirse con Daniele.

O sea que se había equivocado: cada cual tenía que estar en su sitio sólo durante el día. De noche se podían intercambiar las camas y los papeles.

A la mañana siguiente fue Adele quien le llevó el café a la cama. Jamás lo había hecho en diez años de matrimonio.

—¿Tienes ánimos para ir solo al cuarto de baño?

—Sí. Ya fui anoche. Es más, te llamé, pero no me oíste. —Maldición. No había ninguna necesidad de decirselo. Se le había escapado sin pensar. Quizá la debilidad era no sólo física sino también mental.

—Qué extraño. ¿Qué querías?

Él respondió lo primero que le pasó por la cabeza:

—Una manzanilla.

—¿Qué hora era?

—Debían de ser las tres.

—Ah, creo que a esa hora y o también estaba en el cuarto de baño. Por eso no te oí. Podrías haberme llamado al cabo de cinco minutos.

—Por suerte me quedé dormido.

Pasó la mañana leyendo los periódicos que le llevó Giovanni. Sólo que, en contra de su costumbre, se negó a echar un vistazo a las esquelas.

Cuando llegó la enfermera, hubo un cambio. Quien llenó la jeringuilla fue Adele, que de vez en cuando miraba a la enfermera.

—¿Está bien así?

La que le ajustó la cinta, le buscó la vena y le puso la inyección fue Adele. Él no notó ninguna diferencia.

Cuando la enfermera salió de la habitación, él le preguntó:

—¿Por qué has querido ponérmela tú?

—De hoy en adelante, yo me encargo de ti.

—¿Y tus compromisos?

—No te preocupes. Me he organizado.

Aquella misma noche se despertó a las dos y se le ocurrió hacer una prueba. Encendió la lámpara de la mesita de noche y llamó:

—¡Adele!

Ninguna respuesta. Entonces llamó más fuerte. Y esta vez oyó su voz:

—¡Voy! —Se presentó difundiendo a su alrededor el maravilloso aroma de la cama—. ¿Te encuentras mal?

—No. Sólo que no consigo dormir. Perdona si te he despertado. ¿Podrías hacerme una manzanilla?

—¡Pues claro!

E hizo algo más. Esperó, tumbada en la cama a su lado, a que se bebiera toda la infusión. De vez en cuando alargaba una mano y le acariciaba la frente.

Pero ¿cómo entender a aquella mujer? ¿Sería posible que, en cuanto llegaba a una convicción acerca de su esposa, bastara con que ella hiciera un gesto para mandarlo todo al cuerno?

La mañana del tercer día, a la hora de ponerle la inyección, Adele se presentó con una mujer que él no conocía. Varios años menor que su esposa, era extremadamente elegante.

—Perdona que haya venido con mi amiga Aurelia. No quería dejarla esperando abajo. Total, termino enseguida. —Y empezó a preparar la jeringuilla.

Él intentó levantarse de la butaca, pero Aurelia fue más rápida y se apresuró a tenderle la mano.

—No se moleste, por favor. Y perdone la intromisión, pero Adele...

Terminada la inyección, su mujer se inclinó para besarlo en la frente.

—¿Necesitas algo? Por desgracia, hoy tengo un compromiso a la hora de comer. Pero si quieres me quedo.

—¡Por favor! Ve, ve.

—Felicidades —le dijo Aurelia con una sonrisa.

—Gracias.

Segunda representación para disfrute de la amiga Aurelia, que sin duda lo comentaría con las otras amigas. « ¡Vosotras no tenéis ni idea de cómo es Adele con su marido! Aparte de que ella misma le pone las inyecciones, ¡es tan buena, tan solícita, tan cariñosa! ¿Sabéis que parece otra persona?» .

Por la noche, cuando Adele lo acompañó a la habitación, él decidió preguntarle lo que le rondaba por la cabeza desde la víspera.

—Mañana por la mañana... cuando te levantes... ¿puedo ir contigo?

Ella lo miró perpleja; no comprendía adonde quería ir con ella. Después lo recordó. Y sonrió.

—Pues claro que puedes. Te traigo el café, y después...

Y cumplió su palabra.

Como en los viejos tiempos, primero lo hizo asistir a la ceremonia y después participar en ella, entregándole el cepillo para el cabello. Él empezó, pero tuvo que sentarse enseguida. No se sostenía de pie. Ella actuó como si nada. Cuando pasaron al vestidor, Adele no tuvo la menor dificultad en elegir la ropa. Desde su regreso, él había observado que ya no se ponía ni pantalones ni vestidos de colores vivos. Faldas por debajo de la rodilla, blusas muy discretas, y siempre en tonos apagados.

—¿Me abres todo el armario?

—¿Por qué?

—Porque quiero ver tu guardarropa.

Ella abrió todas las puertas, menos la última de la izquierda.

—¿Y ésa?

—Es que ahí sólo tengo el vestido de novia, el negro y el traje gris.

—Abre de todos modos.

Advirtió enseguida que faltaba una prenda.

—¿Y el traje gris?

—Ah, ¿ése? Lo he enviado a una tintorería que me recomendó Gianna. Parece que conseguirán eliminar aquella mancha tan fea.

La mancha fea. La de la sangre de su primer marido.

La mañana del séptimo día le llevó el café. Se limitó a despertarlo.

—Te acompaño a la clínica.

—No te molestes, está Giovanni.

—Tengo que acompañarte yo.

Se había equivocado en la elección del verbo. Debería haber dicho « quiero » en lugar de « tengo » .

Esta vez la representación tendría un mayor número de espectadores: los enfermeros, los médicos, el propio profesor De Caro.

—Y la maleta ya está preparada.

—¿Qué maleta? De Caro me dijo que...

—Ya, pero lo ha pensado mejor. Quizá tenga que retenerte unos cuantos días

más.

Salió de la clínica diez días después. Adele había conseguido, tras insistir mucho, que le colocaran una camita en la misma habitación, para no abandonarlo ni siquiera de noche.

Tras haberlo examinado y vuelto a examinar, al tercer día de hospitalización De Caro fue a decirle que había que operar.

La noticia no lo sorprendió. A aquellas alturas estaba convencido de que su enfermedad era mucho más grave de lo que quería hacerle creer De Caro, el que presumía de hablar siempre con claridad.

—Mire, le expongo la situación sin medias tintas. Pese a todos los chequeos a que lo hemos sometido, no conseguimos saber con exactitud cuál es la naturaleza del daño pulmonar. Hemos llegado a la conclusión de que lo único que se puede hacer es abrir y ver.

Durante la explicación del profesor, Adele le apretaba la mano tan fuerte que le hacía un poco de daño.

—Pero ¿y tus compromisos? —le preguntó él una tarde.

—No te preocupes. He conseguido que me sustituyan provisionalmente.

Claro que el hecho de sentirla tan cercana constituía un gran alivio.

Al cuarto día se presentó Daniele. En aquel momento él estaba solo; Adele se había ido a casa para solventar ciertos trámites.

—Te veo muy bien, tío. He venido a saludarte y darte las gracias por todo. De vez en cuando te visitaré.

—Pero yo espero no tener que quedarme en la clínica...

—No decía aquí, tío, sino en tu casa. Me he mudado a un pequeño apartamento que me ha encontrado la tía. Estaré allí hasta que tú te recuperes del todo.

No parecía muy contento.

Adele le había notificado la orden de desahucio.

II

—No ha habido necesidad de operar —le dijo Adele, sujetándole la mano en cuanto se disipó un poco el atontamiento de la anestesia.

Él aún no podía hablar, así que le preguntó con los ojos por qué no lo habían operado.

—No era una metástasis. Te han abierto inútilmente.

Él hizo un gesto que Adele volvió a interpretar debidamente.

—No; han hecho bien. De lo contrario, habría quedado la duda.

—Pero entonces, ¿qué era... aquella sombra? —logró preguntar haciendo un esfuerzo.

—Me lo han explicado, pero me temo que no lo he entendido bien.

Él le apretó la mano tan fuerte como pudo, invitándola a continuar.

—Me han dicho que es como un grumo que se ha formado y que tratarán de disolver con medicamentos. Pero me han advertido que será un proceso largo y debilitante.

¿Un grumo? ¿De qué? ¿Qué se podía coagular por ahí dentro? ¿Flemas? ¿Sangre? Pero en aquel momento era importante otra cosa. De nuevo con los ojos —porque pronunciar aquellas pocas palabras lo había cansado— hizo otra pregunta.

—Puedes estar tranquilo. De Caro dice que dentro de tres días como máximo podremos volver a casa.

Se quedó dormido, un poco más sosegado.

Por lo menos eso era bueno: la enfermedad le permitía desarrollar en paz el resto del servicio fuera de los rigores del cuartel-hospital.

Pero esa vez no fue a recogerlo Giovanni, ni Adele se ofreció para llevarlo en su coche. No era el caso.

—Estás demasiado débil. ¿Y si te me desmayas mientras conduzco? Por otra parte, De Caro quiere que lo hagamos así.

Dos enfermeros lo pusieron en una camilla y lo introdujeron en una ambulancia. Al llegar a casa, lo subieron en camilla al piso de arriba e incluso lo colocaron en la cama.

Y en casa encontró otra novedad: su habitación ya no era la de Daniele, sino que Adele había querido que volviera a ser, después de tanto tiempo, la de

matrimonio.

—¿Y tú?

—Yo me he arreglado el cuartito de aquí al lado.

El cuartito al que antes lo enviaba a dormir porque roncaba demasiado, tras haber hecho el amor.

* * *

A partir de aquel día, Adele apenas salía de casa. Sus ausencias podían durar dos horas como máximo.

Ahora las inyecciones diarias se habían convertido en tres y siempre se las ponía ella.

—En nuestra casa no quiero que te toquen otras manos.

Y jamás fallaba el horario de un medicamento.

Él, a pesar de que siempre estaba tumbado, se sentía agotado y a menudo notaba una fuerte somnolencia. Una cosa muy rara, porque le sucedía a cualquier hora del día.

—Pero ¿por qué me encuentro así?

—De Caro dice que las posibles reacciones a este tipo de tratamiento son debilidad y somnolencia. No te preocupes.

Tranquilo. No te preocupes. No te alteres.

Eso le decía su mujer por lo menos diez veces al día. Y precisamente esas repeticiones, ya casi mecánicas, eran lo que no lo tranquilizaba, lo preocupaba y lo alteraba.

Podría haber hecho una cosa muy sencilla: telefonar a Caruana y exigirle la verdad. Una o dos veces cogió el móvil, pero en el último momento le faltó valor para marcar el número. Además, el hecho de saber o no saber la verdad, ¿qué cambiaba?

Ya no le apetecía hacer nada, le costaba leer los periódicos.

A su cerebro le costaba funcionar, como si les faltara lubricante a los engranajes.

Una mañana, sus ojos se posaron en una noticia de la crónica de sucesos. Un viejo capo mafioso, Giuseppe Torricella, había sido atropellado y muerto por un kamikaze callejero. ¿No le había dicho el *commendatore* Ardizzone que, para Torricella, un año sería muy largo de pasar? Así que la cuestión de las sociedades financieras era mucho más tortuosa de lo que él había pensado. Menos mal que... Y fue entonces cuando recordó las dos carpetas.

Adele estaba hablando desde el cuartito con el móvil. Como el tabique divisorio era de cartón piedra, él oía casi todo aunque la puerta estuviera cerrada.

—No... te lo pido por favor... con mi marido en estas condiciones no tengo valor... te lo repito, no... no seas estúpido... perdóname...

¿Algún amante que quería encontrarse con ella? ¿O quizá el mismo Daniele, a quien no había vuelto a ver desde el día en que fue a visitarlo a la clínica?

Adele terminó la conversación telefónica y abrió la puerta. Él la llamó.

—Dime.

—Habría que avisar a Mario Ardizzone. —Podía hacerlo él perfectamente, pero no le apetecía explicarle una situación que tampoco comprendía bien.

—¿El qué?

—Que todavía no puedo... Y que no sé cuándo... En resumen, que si quiere las carpetas...

—Pero ¡Mario ya se las ha llevado!

—¿Cuándo?

—El segundo día que estabas aquí.

—¿Mandó alguien a recogerlas o vino él?

—Vino él personalmente.

—¿Y por qué no entró a saludarme?

—Te habías quedado dormido y no quiso molestarte.

O sea que los Ardizzone lo habían liquidado sin pérdida de tiempo. ¿La muerte de Torricella podía ser una consecuencia de su enfermedad? O quizá habían encontrado en su lugar a otro que les daba mayores garantías. Por un instante experimentó la absurda alegría de haber caído enfermo.

Una mañana, Adele estaba poniéndole la primera inyección del día, y a través de la ventana abierta un rayo de sol le iluminaba la cabeza, ligeramente inclinada hacia delante, siguiendo el vaciado de la jeringuilla en la vena.

De ese modo él reparó en algo que le provocó un repentino sobresalto.

—¡Cuidado! —rezongó ella—. ¿Qué demonios haces?

—Perdona, he tenido un escalofrío.

Entre los cabellos rubios de Adele había por lo menos tres que eran inequívocamente blancos. Y observó también que el cabello no estaba tan bien cuidado como de costumbre; aparte de despeinado, debía de hacer varios días que no se lo lavaba. La miró con mayor atención.

Adele tenía una ligera pelusa en los brazos, y las uñas ya no relucían como antes. Claro que en la clínica no podía acicalarse, pero ya hacía tiempo que habían vuelto a casa. Por consiguiente, ¿cómo se explicaba aquello? Quizá la ceremonia matinal le habría llevado demasiado tiempo, le habría impedido dedicarse a él desde el momento de despertar.

Y ella había renunciado a la ceremonia y se había dejado de historias.

¿Adónde había ido a parar Barbie? Cuántas veces la había llamado así en su fuero interno, cuando pensaba que se había casado con una muñeca de plástico, siempre impecable y con un armario repleto de vestidos, con la cual él podía jugar todo lo que quisiera, pero carente de alma y sentimientos.

Al terminar la inyección, Adele se levantó.

Y él vio que la falda no hacía juego con la blusa y que calzaba una especie de pantuflas. Se estaba descuidando.

—¿Mando que te preparen la sopita de siempre?

Él no contestó. La miraba perplejo. Pero ¿cuándo le habían salido aquellas arruguitas a los lados de la boca?

—Bueno, ¿mando que te la preparen o no?

¿A que siempre se había equivocado con respecto a su mujer? ¿A que se había pasado diez años a su lado sin comprender absolutamente nada de ella? Igual ahora ya no tenía cabeza para sí misma porque sólo la tenía para él. Pero ¿y el desierto? ¿Y la aridez de sentimientos? ¿Y todas las fantasías que se había montado?

Acaso la verdadera y sencilla verdad era la que tenía delante: una pobre mujer que por amor a él... sí señor, por amor a él, estaba castigando duramente aquel cuerpo que tanto había cuidado, le estaba negando sin piedad lo que siempre y de tan buen grado le había concedido.

—¿Me dices qué quieres?

—Abrazarte. —Le salió del alma.

Ella abrió muchísimo los ojos, emitió un sonido extraño, como un lamento, y después se le sentó en las rodillas, le rodeó el cuello con los brazos, lo besó y rompió a llorar. De manera incontenible.

* * *

Adele dimitió de su cargo de presidenta del club del banco y del de *bridge*, y de la vicepresidencia de la sociedad que dirigía el equipo de fútbol.

—Pero ¿por qué lo has hecho?

—Ya no tengo tiempo.

—Podrías llamar a una enfermera.

—No quiero.

Había conservado tan sólo la presidencia de la asociación benéfica. Y algunas reuniones las organizaba en casa. Pero ya no en el salón de la planta baja, sino en la antigua habitación de Daniele, que había mandado amueblar con una gran mesa ovalada. También había colocado allí su elegante escritorio personal.

—De esta manera, aunque esté reunida, basta con que me llames y vengo enseguida.

Se presentaba a las socias tal como estaba en aquel momento, sin preocuparse de cambiarse de vestido; como máximo se peinaba a toda prisa. Y antes de cada reunión preguntaba invariablemente:

—¿Queréis saludar a mi marido?

Y las señoras se asomaban a la puerta.

—¡Hola, querido!

—¿Cómo va?

—Tiene muy buena cara.

—¡Se ve que Adele lo trata muy bien!

—¡Ah! ¡Adele es única!

Y le sonreían como si fuera un chiquillo. Y él, mientras correspondía a los saludos y las felicitaciones, pensaba que le estaban tocando las narices de mala manera.

* * *

Ahora conseguía levantarse de la cama tres veces a la semana para dar un breve paseo por el pasillo, siempre sostenido por Adele. Le costaba respirar, y por eso le pusieron una bombona de oxígeno al lado de la cama. Pero sólo la utilizaba cuando no tenía más remedio. Y fue precisamente una mañana, mientras estaba tumbado con los tubitos del oxígeno introducidos en las fosas nasales, cuando oyó una voz masculina en el pasillo. Después entró Adele sonriendo.

—Hay una sorpresa para ti.

Y se apartó para ceder el paso a un joven elegante que, al principio, él no reconoció.

—¡Papá!

Se dejó abrazar y besar, porque ni siquiera tuvo fuerzas para quitarse los tubos de la nariz.

—Pero... ¿cómo?

—Adele me telefonó para decirme que no estabas muy bien, y entonces...

Él se conmovió como hacen los viejos, con la barbilla temblando y sin lágrimas en los ojos.

Los dos días que Luigi estuvo con él pasaron volando. Pero ¿fueron realmente dos días o tres? ¿O fue sólo medio día? El tiempo se había convertido en un problema para él; imposible calcularlo como antes. Cada vez que miraba el reloj de la mesita de noche se llevaba una sorpresa. Las horas y los días registraban unas aceleraciones y desaceleraciones misteriosas, inexplicables.

—¿Por qué me pones la inyección ahora? ¿No tienen que pasar tres horas desde el comprimido amarillo?

—Pero ¡si ya han pasado!

O bien:

—Ayer me dijiste que...

—No te lo dije ayer sino hace por lo menos cuatro días.

Cuando Luigi fue a despedirse para regresar a Londres, Adele los dejó a solas para que pudieran hablar libremente. Pero padre e hijo no tenían nada que decirse.

—En cuanto te recuperes, te vienes a Londres. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Pero sabía que jamás conseguiría ir a Londres.

Su hijo lo estrechó fuertemente en sus brazos y le murmuró algo al oído que él no comprendió.

—¿Qué?

—Quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por lo que te dije cuando me anunciaste que te casabas con Adele. Me equivoqué. He visto que te quiere mucho y de verdad.

Una mañana que Adele había salido, como se sentía con un poco más de fuerza, se levantó de la cama y empezó a pasear por la casa. De vez en cuando se veía obligado a sentarse en una silla y se quedaba allí un ratito hasta recuperar el aliento, y después reanudaba el paseo. En determinado momento se encontró sentado delante del escritorio de su mujer, en la habitación que ahora utilizaba para las reuniones. Y sus ojos se posaron en una carta que Adele había dejado a medio escribir. Era para Gianna, su amiga del alma.

Querida Gianna:

Tenemos tan pocas ocasiones de hablar largo rato que me veo obligada a escribir para exponerte una desagradable situación con Daniele que arrastro desde hace mucho tiempo. Él insiste con llamadas telefónicas, pequeños mensajes, cartas, e incluso algunas veces se sitúa delante de nuestra verja para poder recibir la gracia —lo dice precisamente así—, la gracia de estar una vez más conmigo. Una sola y última vez, asegura. Tiene un deseo tan grande de mí que a veces me conmueve.

Pero sé que si cediera volveríamos a empezar todo desde el principio. Y yo no quiero. Algunas noches su ausencia me resulta incluso dolorosa. Pero piensa en lo que sucedería si por desgracia nos descubrieran durante un encuentro fuera de casa. ¡Yo ya no tendría la cara de dejar que me vieran por ahí! Con mi marido gravemente enfermo y que no sé cuánto le queda de vida... Como sabes, al abrirlo descubrieron que ya ni siquiera valía la pena operar. Cuando regresé de la clínica, tú misma me preguntaste qué me había ocurrido. Ni yo misma sé decírtelo. O a lo mejor puedo decírtelo superando cierto malestar: me he dado cuenta de que quiero a mi marido. Y quizá siempre lo haya querido. Daniele, que no ha comprendido nada, me dice: «De acuerdo, si no quieres ahora, debes prometerme que después, cuando él ya no esté, me aceptarás de nuevo en casa». No sólo no puedo prometérselo sino que desearía que entendiera que después ya no podrá haber nada con él. Ni con ningún otro. Si pudieras encontrar la manera de hablar con Daniele y

explicárselo...

Él siempre había sabido que en la clínica lo habían abierto y vuelto a cerrar porque ya no había nada que hacer. Pero se lo había guardado para sí, empujándolo bien al fondo. Era una verdad que no quería que aflorara porque le faltaba valor.

Pero si ahora jadeaba porque de golpe se había quedado sin aire no era por ver confirmado lo que siempre había intuido, sino por la violenta conmoción de leer que Adele se había dado cuenta de que lo amaba. Y tal vez desde siempre.

A duras penas logró levantarse, arrastrarse hasta su habitación, tumbarse en la cama e introducirse las cánulas de oxígeno en la nariz. Pero ¿cómo podía compararla con la Barbie o, peor, con una muñeca hinchable? Cuando descubrió que a Adele, después de los primeros años de matrimonio, le había dado por frecuentar a otros hombres, él le echó la culpa a su naturaleza, al hambre que siempre tenía su cuerpo. Pero ¿era verdaderamente así? ¿O acaso era él quien la había rechazado al no haberla comprendido, obligándola a asumir un papel que Adele, por lo menos en los primeros tiempos, había tratado de esquivar? Por otra parte, era cierto que ella jamás le había preguntado: «¿Me quieres?». Pero ¿se lo había preguntado él a ella alguna vez? ¿Por qué se había quedado en la primera traición? Le habría bastado muy poco para recuperarla, quizá sólo una violenta discusión.

En cuanto entró en la habitación, Adele advirtió que estaba bastante alterado. Quiso que se pusiera el termómetro. Él opuso resistencia, pero ella se empeñó. Treinta y ocho con tres.

—Ahora mismo llamo a De Caro.

—No.

—¿Por qué? ¿Ahora tienes caprichos?

—Ya verás como se me pasa enseguida. ¿Me haces un favor?

—Claro.

—¿Te tumbas a mi lado?

Ella obedeció en silencio.

Al día siguiente repitió el paseo. Quería ver si Adele había acabado la carta. Pero cuando miró encima del escritorio, la carta ya no estaba. Su mujer la había terminado y enviado. Pero en la papelera vio una hojita apelotonada. La recogió haciendo un esfuerzo, la alisó con las manos y la leyó.

¿Ha hecho testamento? Mirar en los cajones del catafalco.

Reversibilidad de la pensión. ¿Toda o sólo una parte? Telefonar al banco para pedir una cita con Verdini, el sucesor.

Funeraria. ¿A quién recurrió Gianna cuando murió su hermano?

Funeral de primera clase.

¿Misa solemne?

Ha expirado serenamente

(¿confortado con los auxilios espirituales? Sí: convencerlo)

Ha fallecido serenamente

Ha cerrado los ojos en la paz del Señor

Lo comunican tristemente

(¿después del entierro?)

(¿después de las exequias?)

(¿O bien: el funeral se celebrará en la iglesia de... a las... horas?)

La afligida/desolada/desperada esposa Adele y el hijo

(¿Esposa inglesa? ¿Cómo se llama?)

¿En cuántos periódicos? Preguntar tarifas.

Telefonar en el momento de la defunción: hacer la lista.

¿Pedir ayuda a Daniele?

Se sintió desfallecer, la habitación empezó a darle vueltas. De repente, el sudor lo empapó. Cerró los ojos.

Después volvió a formar una pelota con la hoja y la tiró a la papelera. Consiguió levantarse, empezó a avanzar por el pasillo con la espalda apoyada en la pared y, caminando de lado como los cangrejos, cruzó la puerta de separación —que estaba abierta—, entró en su estudio, se desplomó en una butaca, apoyó la cabeza en el escritorio y así se quedó, con el aliento sonando como un fuelle. Cuando se recuperó un poco, abrió el cajón y sacó el maletín de la pistola.

La idea era buena. Muerto por muerto, se pegaría un tiro. Un disparo en la cabeza. Y jodería definitivamente a Adele. ¡Adiós esquila preparada con sus auxilios espirituales, sus serenamente fallecido, sus ojos cerrados en la paz del Señor!

¡Qué vergüenza, un marido suicida! Nada de servicio religioso en la iglesia, nada de curas, nada de solemnes funerales. Si acaso una cosa hecha a escondidas, de buena mañana o al anochecer; cuantas menos personas asistieran, mejor. ¡Explica en una nota necrológica que uno se ha pegado un tiro! Y aunque Adele no lo explicara, la gente lo sabría igual. Y ella perdería la dignidad ante todo el mundo.

Abrió el maletín. Se quedó helado. Estaba vacío.

Adele, temiendo que él intentara un acto desesperado debido a la enfermedad, había escondido la pistola.

Temblando de rabia, logró levantarse y regresar al pasillo, pero encontró cerrada la puerta que separaba los dos apartamentos. Tal vez una ráfaga de aire. Intentó abrirla, pero no lo consiguió.

Después le pareció que se había hecho de noche repentinamente y se desplomó.

Ya no pudo comer. Le costaba mucho respirar. Tosía constantemente, y su mujer le quitaba las flemas con un pañuelo de papel.

Era un cuerpo inerte. De vez en cuando Adele se esforzaba en tumbarlo de un lado o de otro para evitar que se llagara. Y después le ponía distintas inyecciones que le nublaban el cerebro y lo hacían dormir mucho.

La única pregunta que todavía conseguía plantearse, pero de manera confusa, era: «¿Cuánto me queda de vida?».

* * *

Pero el tiempo había dejado de acelerarse y desacelerarse. Ahora le resultaba muy difícil distinguir la noche del día, la tarde de la mañana, porque el tiempo se había convertido en una especie de líquido gelatinoso que fluía siempre igual y sin cambiar jamás de color.

Una vez notó que lo tocaban manos distintas de aquéllas a las que se había acostumbrado. Abrió los ojos y le pareció ver a De Caro. ¿Qué significaba aquello? ¿Estaba todavía en su casa o lo habían llevado otra vez a la clínica?

Una mañana, o una tarde, o una noche, Adele lo despertó para darle el primero, o el segundo, o el tercer comprimido.

Y él, en un relámpago de lucidez, vio que ella se presentaba como en los viejos tiempos, de nuevo impecable, peinada, vestida de punta en blanco.

Llevaba puesto el traje gris.

FIN



ANDREA CAMILLERI. Nace en Porto Empedocle (Agrigento) el 6 de setiembre de 1925. Entre 1939 y 1943 Camilleri estudia en el Liceo clásico Empedocle di Agrigento donde obtiene, en la segunda mitad de 1943, el título. En 1944 se inscribe en la facultad de Letras, no continúa los estudios, sino que comienza a publicar cuentos y poesías. Se inscribe también en el Partido Comunista Italiano. Entre 1948 y 1950 estudia Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comienza a trabajar como director y libretista. En estos años publica cuentos y poesías, ganando el « Premio St. Vincent» .

En 1954 Camilleri participa con éxito a un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Sin embargo, entrará a la RAI algunos años más tarde.

Camilleri se casa en 1957 con Rosetta Dello Siesto, con quien tendrá 3 hijas y 4 nietos.

Desde muy joven el teatro se convierte en su pasión y, con tan sólo diecisiete años, dirige su primera obra de teatro. Desde entonces, ha puesto en escena más de cien títulos, muchos de los cuales de Pirandello, como *Así es (si así os parece)* [*Così è (se vi pare)*] en 1958, *Pero no es una cosa seria (Ma non è una cosa seria)* en 1964 y *El juego de las partes (Il gioco delle parti)* en 1980, por citar sólo algunos.

Ha sido el primero en representar en Italia el teatro del absurdo de Beckett *Fin de*

partida (Finale di partita), en 1958, en el Teatro dei Satiri de Roma, y, luego, en la versión televisiva interpretada por Adolfo Celi y Renato Rascel; y de Adamov *Cómo hemos sido (Come siamo stati)*, en 1957; también ha dirigido obras de Ionesco, como *El nuevo inquilino (Il nuovo inquilino)* en 1959 y *Las sillas (Le sedie)* en 1976, y poesías de Maiakovski en el espectáculo « Il trucco e l'anima » en 1986.

Ha trabajado como autor, guionista y director de programas culturales para la radio y la televisión; también ha sido productor de algunos programas televisivos, entre los cuales, destacan un ciclo dedicado por la Rai al teatro de Eduardo y las famosas series policíacas del comisario Maigret y del teniente Sheridan. En varios momentos de su vida, ha impartido clases en el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma y en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica « Silvio D'Amico » .

Sus primeras narraciones se han publicado en revistas y periódicos, como *L'Italia Socialista* y *L'Ora* de Palermo. Su primera novela, *Il corso delle cose*, es de 1967-68, pero sólo se publicará diez años más tarde en la editorial Lalli. En 1980, la editorial Garzanti publica *Un filo di fumo*. Más tarde, Sellerio publica muchas de sus obras: *La strage dimenticata* (1984); *La temporada de caza (La stagione della caccia)* (1992), *La bolla di componenda* (1993); *La forma dell'acqua* (1994), que marca el debut del comisario Montalbano; *Il birraio di Preston* (1995), considerada su obra maestra; *La concesión del teléfono (La concessione del telefono)* (1999). En la editorial Sellerio también ha publicado otras novelas del ciclo de Montalbano y en la editorial Mondadori ha publicado las narraciones *Un anno con Montalbano* (1998), *Gli arancini di Montalbano* (1999) y *La paura di Montalbano* (2002), además de *La desaparición de Pató (La scomparsa di Pató)* (2000), su primera novela histórica.

Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.